

SS
SERVICIO SECRETO

MARK HALLORAN

ATAUD EN EL ESPACIO

La rubia cruzó las piernas y se rascó distraídamente una rodilla con la uña del dedo índice. Llevaba las uñas pintadas de color blanco plateado. En el brazo izquierdo, por encima del codo, lucía un brazalete de plata en forma de serpiente. El color de la plata del brazalete y de las uñas, así como el tono platinado de su cabello rubio, formaban, con el moreno cobrizo de su tez, un contraste fascinador.

Este contraste no era lo único fascinante que había en ella.



Mark Halloran

Ataúd en el espacio

Bolsilibros: Servicio Secreto - 487

ePub r1.0
Titivillus 17.12.17

Título original: *Ataúd en el espacio*
Mark Halloran, 1959

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Mark Halloran

Ataúd en el espacio

1ª. EDICION

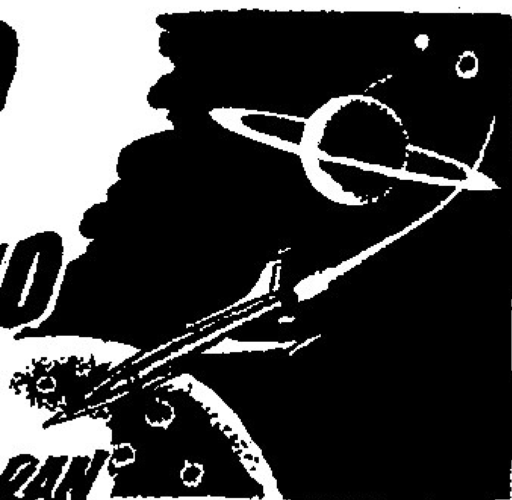
DICBRE. - 1959

EDITORIAL  BRUGUERA

Proyecto, 2-T. 284453 BARCELONA (6)

ATAUD en el ESPACIO

Por MARK HALLORAN



CAPÍTULO PRIMERO

La rubia cruzó las piernas y se rascó distraídamente una rodilla con la uña del dedo índice. Llevaba las uñas pintadas de color blanco plateado. En el brazo izquierdo, por encima del codo, lucía un brazalete de plata en forma de serpiente. El color de la plata del brazalete y de las uñas, así como el tono platinado de su cabello rubio, formaban con el moreno cobrizo de su tez un contraste fascinador.

Este contraste no era lo único fascinador que había en ella.

—Un amigo mío —dijo Latz— tenía un cuñado que quería desprenderse de un camión. La cosa ocurría en Sacramento. Mi amigo encontró un comprador para el camión y su cuñado le ofreció el cinco por ciento de comisión. Mi amigo cerró el trato, entregó el camión al comprador, cobró el dinero y tomó el primer avión hacia Las Vegas dejando que a su cuñado le saliera barba esperándole. Estuvo aquí, en Las Vegas, una sola noche. Se lo jugó todo, el paquete entero. Solía hacer las cosas así. Cuando subió al avión de regreso a Sacramento, llevaba en el bolsillo tres veces y media el importe del camión y podía darle a su cuñado con el cinco por ciento de comisión en las narices.

La rubia disimuló un bostezo.

—Eso se llama suerte —dijo, sin interés.

—Según cómo se mire.

—¿Por qué?

—El avión de regreso a Sacramento se estrelló, mi amigo la palmó y los billetes se quemaron. El cuñado no vio un centavo de su dinero y éste no le sirvió a mi amigo para nada, ni siquiera para pagarse un ataúd. Todo lo que se encontró de él cabía en una lata de conserva.

Una de las tragaperras alineadas a lo largo de la pared que formaba ángulo recto con el bar produjo un ruido de campanillas y empezó a vomitar monedas. La mujer que había estado jugando en ella lanzó un chillido. El chorro de monedas cayó al suelo y se desperdigó en todas direcciones mientras la mujer chillaba.

—¿Esa historia tiene alguna moraleja? —preguntó la rubia.

No disimulaba su aburrimiento.

Se movió con impaciencia sobre el alto taburete en que estaba sentada y las agresivas curvas de su cuerpo se dibujaron bajo la tela de color naranja de su vestido-funda.

—No lo sé —dijo Latz—. Nunca se me ha ocurrido pensarlo.

Ella le miró, enarcando las cejas.

Su rostro sensual, su máscara de muñeca de lujo tenía una expresión calculadora demasiado evidente, y además un aire de perplejidad. Latz sonrió. Sabía que era él mismo quien provocaba aquella perplejidad, porque la rubia le encontraba muy distinto a como le había imaginado, si es que realmente le imaginó de algún modo.

—¿Por qué me cuenta todo eso?

—Bien, es una de esas cosas que uno cuenta. —Latz se encogió de hombros e indicó con el pulgar a la mujer que andaba a gatas recogiendo monedas—. Una cosa que pasó en Las Vegas años atrás. Procuro darle conversación para que se divierta usted a mi lado.

La rubia apuró de un trago su *gin* de piña.

—Eso es lo que no entiendo.

—¿Qué?

—¿De dónde sale usted? ¿Entre qué personas ha vivido? ¿A qué mujeres ha tratado?

—¿Mujeres?

—¡Mujeres, mujeres, no dinosaurios! ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y uno.

—¿Y en todos esos años no ha descubierto todavía que lo que menos necesita para que una mujer se divierta a su lado es darle conversación? Mírese al espejo. —Latz se miró al espejo del fondo del bar mientras ella se apeaba del taburete y le asía del brazo—. Vámonos de aquí. El ruido de las máquinas no hay quién lo aguante.

Él echó mano al bolsillo y sacó dinero para pagar lo que ambos

habían bebido.

En la pared de las tragaperras había doce máquinas. En aquel momento funcionaban nueve. El estrépito era, por supuesto, inaguantable.

Latz arrojó un billete sobre el mostrador y se dejó conducir hacia la salida.

—¿Por qué ha dicho que me mirase al espejo?

—Para que viera la clase de hombre que es. ¡Oh, cáscaras! Cualquier mujer se derretiría con una mirada suya, y usted, dale, contando que si su amigo esto y que si el cuñado de su amigo lo otro.

—Pero…

—Por favor, deje que me descansen un rato los oídos.

—Sí, nena —asintió Latz, amablemente—. A una muñeca como usted se lo consiento todo.

Salieron.

El «Ford» descapotable de la rubia tenía, naturalmente, la capota recogida. Latz lo contempló con la frente arrugada. Buen coche. Modelo 59. Una cafetera despampanante que difícilmente se adquiría trotando de bar en bar todas las noches.

La rubia había dicho que se llamaba Dody Trimble.

Un talento de las finanzas, sin duda.

Conducía despacio y mal, al margen del intenso tráfico que discurría por The Strip. Latz se arrellenó en el asiento y entornó los párpados.

Cuando las engañosas fachadas de los grandes casinos, las luminarias, los rótulos y el bullicio caótico comenzaron a quedar atrás, él dijo:

—¿Puedo preguntar adónde vamos?

—¿A dónde quiere ir?

—¿Se lo digo?

La rubia sonrió. La punta de su lengua asomó entre los labios.

—No. Vamos a tomar un poco el aire. Eso es todo.

—Debí advertirla de que me acatarro con facilidad.

—¡Cállese, idiota!

Él calló hasta que se hallaron completamente fuera de la ciudad.

—Algunas cosas es preciso que las diga —declaró, entonces.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo que, si cualquier mujer se derretiría con una mirada mía, usted no es esa mujer. Usted no se derrite aunque se esfuerce en simularlo.

Dody Trimble le lanzó una rápida mirada.

—¿Qué le pasa?

—Nada. Sólo me gustaría conocer el motivo de que se interese por mí, o de que finja interesarse. No, no es exactamente eso. Creo que el motivo lo conozco. Lo que me gustaría es que usted me lo dijera por sí misma.

En lugar de contestar, la rubia conectó con gesto nervioso la radio. Comenzó a oírse la voz aflautada de un sujeto que cantaba a trompicones.

El coche viró a la derecha y se dirigió hacia el norte por una carretera flanqueada de abetos que se alzaban como oscuros y silenciosos fantasmas en la noche. Alguna que otra casa aislada enviaba a través del bosque el parpadeo de sus luces. Apenas había tráfico ahora.

El sujeto de voz aflautada terminó su canción. En la radio sonaron trompetas y violines.

La carretera serpenteaba. Subía. Los abetos quedaron atrás.

Súbitamente aparecieron abajo las fantásticas luminarias de Las Vegas, un gusano de luz multicolor, largo y estrecho.

Dody torció a la izquierda en la cumbre de la montaña. Era como hallarse en el techo del mundo. Salvo el gusano de luz, todo era negro: montes sin forma, el desierto como una alfombra extendida hasta el horizonte.

El «Ford» marchó por la estrecha cinta durante cinco o seis minutos. Dody lo apartó luego a un lado y lo detuvo bajo unos árboles. Latz captó el aroma peculiar: los árboles eran eucaliptos.

Dijo:

—Lamento no ser el tipo que aprecia estas delicias, nena. Si me dan a elegir entre tomar el aire y tomar unas copas, siempre me inclino por las copas. Ya sé que la fiesta es suya. Sin embargo…

—Por favor, Abe.

—¿Sí?

Dody suspiró.

Retiró ambas manos del volante, se volvió hacia el hombre y apoyó una de aquellas sobre la de él.

—Juega usted conmigo, ¿verdad?

—Palabra que no, muñeca.

—¡Oh, no nos engañemos! ¿Dice que desea oír, oír claramente por qué le he traído a este lugar, por qué he maniobrado para tenerle conmigo a solas?

—No es eso lo que he dicho.

—Ha dicho…

—He dicho que me gustaría oírle confesar el motivo de que finja interesarse por mí si ha estado aburriéndose desde el primer momento.

—Es usted un jeroglífico, Abe.

—Según para quién.

La mano de la rubia oprimió la de él.

—Lo he traído aquí, ¿sabe para qué? ¡Para que me bese sin estorbos! ¡Y si no fuera tan cabezón estaría haciéndolo ya!

Latz murmuró:

—Qué curioso.

Oyó que ella susurraba algo que no entendió bien, notó que se le acercaba en el asiento. Tuvo una intensa sensación de irrealidad, y ni que le matasen hubiera podido explicar la causa. Luego quedó envuelto en el perfume que la rubia usaba.

El aliento de Dody le acarició la mejilla, sus dedos tiraron suavemente del lóbulo de su oreja. Volvió hacia ella la cara.

¿Por qué no?

Una experta boca se deslizó por su mandíbula hasta encontrar sus labios. Se apoderó de ellos.

Latz se abandonó plácidamente.

Al hacerlo su codo derecho tropezó con la manija interior de la portezuela. Inmediatamente sonó el «clic» de la puerta al abrirse.

Ojo.

Latz recobró instintivamente el equilibrio.

Lo que ocurrió a continuación fue tan rápido que no grabó en su conciencia una impresión definida. En el momento en que se movía para no caer por la portezuela que estaba abriéndose, vio la masa negra de una figura humana en la ventanilla del lado contrario, del lado del conductor; y una mano, y en la mano una pistola. Interrumpió su movimiento, perdiendo el equilibrio adrede; consecuentemente, cayó de costado por la portezuela abierta.

Mientras caía oyó los tiros: uno, dos, tres, cuatro, en rápida sucesión; ensordecedores por lo próximos que sonaban. Dody Trimble chilló, lanzó un aullido de animal moribundo que se cortó en seco y dejó, por contraste, un silencio que ponía los pelos de punta.

Allí estaba él, tendido de costado en el suelo, cuando el silencio fue roto por un rumor de pasos apresurados al otro lado del «Ford», rodeando éste, acercándose.

Pasos que llevaban la muerte consigo.

Latz no tenía más que un recurso, y lo utilizó. Saltó, sin haberse levantado, por el borde de la carretera Una maraña de ramas y hojas le azotó la cara e hirió su cuerpo. Pero no era aquello lo importante. Lo importante era que se había librado de la bala que en último instante pasó zumbando junto a su oreja.

Descendió envuelto en un alud de broza, tierra y piedras, Hubo otro disparo todavía. Nada. Arboles, matorrales, espinos. Latz chocó contra toda clase de obstáculos, y por fin se detuvo, atontado, no supo a qué distancia, no supo en qué lugar, rodeado de tinieblas, magullado, acribillado por una masa de zarzales.

Pero con vida.

CAPÍTULO II

Levy Krasney era cojo.

Un día, en Varsovia, un fragmento de metralla le había hecho cisco una pierna. Se la curaron mal. Ahora arrastraba aquella cojera como recuerdo perenne de la «blitzkrieg[1]».

Cojeando subió por la escalera exterior de su apartamento. La escalera conducía a una terraza a la que se abrían las puertas y ventanas de los cuatro apartamentos, uno por fachada, existentes en el primer piso del edificio. Para asuntos de servicio se utilizaban otra escalera y un montacargas interiores.

Era una vivienda relativamente cara. Krasney podía pagársela, cosa que no hubiera imaginado el día ya lejano en que la metralla le alcanzó. De Varsovia a Las Vegas su vida había cambiado mucho. Muchísimo. Pero una de las pocas cosas que Krasney no podía pagarse ahora y que antaño en Polonia tuvo gratis era la paz espiritual.

Abrió la puerta del apartamento.

La cerró a su espalda antes de encender la luz. Al encenderla vio a los tres hombres.

—Adelante, querido —dijo el de los ojos azules.

El cojo los miró uno por uno mientras el rostro se le volvía blanco y la frente se le perlaba de sudor.

El de los ojos azules era bajito, vestía de gris y tenía el cabello rizado. Cada uno de sus acompañantes abultaba el triple que él y ambos llevaban camisas deportivas, uno listada de blanco y rojo, el otro amarilla, de tela de toalla; ambos eran jóvenes y lo parecían todo excepto inteligentes.

Krasney carraspeó.

—¿Qué es esto, Bingo? —preguntó, con voz débil—. ¿Una visita

a estas horas?

Bingo sonrió amablemente y movió la cabeza en sentido afirmativo. Sacó del bolsillo un paquete de tabaco, tomó un cigarrillo y lo insertó con gran cuidado en una boquilla. Hizo funcionar un encendedor de concha y oro.

Krasney sudaba cada vez más.

—Pasa a la biblioteca, querido —dijo el otro, cuando hubo terminado sus operaciones. Sostenía la boquilla entre los dientes en un ángulo que recordaba el del presidente Roosevelt—. Estaremos más cómodos que aquí.

Tembloroso, el cojo protestó:

—No pretenderás…

Bingo metió una mano en el bolsillo de su chaqueta gris.

—Digo que estaremos más cómodos en la biblioteca.

—¡Por tu madre! —gimoteó Krasney.

La mano de Bingo salió del bolsillo. Había en ella una pistola, una «Luger» alemana que llenó de tétricos recuerdos la mente del cojo. Llevaba acoplado un largo silenciador. Colgaba pesadamente al costado del hombre, sostenida por sus flacos dedos.

Levy Krasney sabía lo que aquella visita representaba para él. No necesitaba ver el arma para saberlo.

Cuando la pistola se movió de arriba abajo, echó a andar melancólicamente hacia la biblioteca.

¡Tantos apuros! ¡Tantas peripecias! ¡Tantos cambios! ¡Tantos años de sacrificio con el afán de mejorar y progresar!

¿Total, para qué?

Uno de los jóvenes se adelanto y encendió la luz de la biblioteca. Ésta había sido registrada de tal modo que semejaba haber pasado por ella un ciclón. Los libros se hallaban desperdigados por el suelo, despanzurrados la mayoría. Habían sido abiertos los cajones del escritorio y se veía por doquier una fantástica confusión Je papeles.

Bingo fumaba y sonreía.

—Estuve esperándote, querido —dijo, mostrando el caos con un ademán—. Soy partidario de combinar el deber con la diversión; instruir deleitando, o algo así. —Tocó un libro con el pie—. Krasney, ¿cómo es posible que te guste leer estas porquerías?

Sin decir nada, el cojo fue a apoyarse en el escritorio. Parecía terriblemente cansado. Temblaba como si estuviera, más que

asustado, enfermo.

Uno de los jóvenes habló repentinamente.

—Jefe, aquí no se trabajará bien. Lo pondremos todo perdido.

—Cuídate de ti —replicó Bingo, autoritario—. Pasa al cuarto de baño cuando llegue la hora, pero antes tenemos que oír a Krasney. —Miró al aludido y renovó su amable sonrisa—. Dime, querido, ¿verdad que no tienes en casa nada que pueda comprometernos? ¿Verdad que no ibas a chivatarte más que de palabra? Te pido por favor que no hagas esto demasiado difícil…

El cojo permaneció mudo e inmóvil como una estatua.

El joven que había hablado dijo:

—Tiene miedo. —Rió y se restregó el estómago por encima de la camisa de toalla—. Tanta cosa, y ahora tiene miedo.

—Tú también lo tendrías —atajó Bingo—. ¿Y bien, Krasney, amigo mío? ¿Por qué no contestas? Sabes que no me gusta ver sufrir a la gente.

—Vete al diablo —consiguió articular el cojo.

Bingo hizo un gesto de disgusto.

—Lo siento. No habrá más remedio que terminar esto en el cuarto de baño. Por favor, vamos allá.

Krasney emitió un gemido ahogado, un sonido extraño que no parecía surgir de una garganta humana. Sus manos se crisparon sobre el escritorio.

—Tiene miedo —repitió por tercera vez el joven de la camisa de toalla.

Bingo se volvió hacia él y le tendió la «Luger».

—Ten la amabilidad de sostener la pistola un momento, Harry.

Cuando el joven hubo cogido el arma, echó a andar calmosamente en dirección al cojo. Extendió el brazo izquierdo y le agarró del cuello. Con la mano derecha descargó un golpe seco, no muy fuerte, junto al lugar donde tenía aplicada la izquierda.

Krasney lanzó un grito agudo. Su cara adquirió una espeluznante expresión de dolor.

Bingo dijo, con dulzura:

—Puedo hacer muchísimo más daño si me lo propongo, querido. Por favor, obedéceme. Sería desastroso haber de recurrir a la violencia. Siempre he pensado que los hombres de tu temple se hacen admirar en la hora crítica.

El cojo, con gran dificultad, se decidió a dar un paso apartándose del escritorio, y Bingo, que le tenía aún agarrado por el cuello, le empujó a través de la habitación hasta la antesala del dormitorio y luego hasta el cuarto de baño. El joven de la camisa listada se adelanto a abrir la puerta. Krasney trastabilló hasta la pared contraria, que era de mosaico color de rosa. Entonces se volvió y quedó de cara a los tres hombres.

Jadeaba como si acabara de escalar el Everest. El rostro se le había trasmutado de blanco en violeta y los ojos se le salían de las órbitas.

Por las muecas que hacía se adivinaba que quería hablar, pero no logró articular una sola palabra.

Bingo aguardó un momento.

—Permíteme, Harry —dijo después. Extendió la mano hacia el joven, y éste, que estaba hurgándose entre los dientes con una uña, le devolvió la pistola—. Gracias. Ahora, Krasney, querido, debo molestarte un poco más. Conviene que te metas en la bañera.

Completamente descompuesto, el cojo balbució:

—Eres…, eres…

—Dímelo —le invitó afectuosamente Bingo, al notar que la lengua se le trababa—. Termina. ¿Soy qué, Krasney? Las últimas palabras de un moribundo suelen recordarse con respeto, y las hay incluso que han pasado a la Historia; como «Luz, más luz», y otras que…

—¡Hijo de perra! —gimió el cojo, desesperadamente—. ¡Condenado hijo de perra asqueroso!

La desesperación le dio fuerzas para moverse. Pretendió huir.

—Detesto estas cosas —murmuró Bingo, apenado.

Apretó el gatillo de la «Luger» y le pegó al cojo un tiro en el vientre. Krasney abrió la boca como un pez fuera del agua. Una mueca horrible desfiguró su cara. Se apretó el abdomen con ambas manos y comenzó a tambalearse.

Bingo se aproximó a él antes de que cayese y de un empellón le derribó dentro de la bañera.

Miró hacia la ventana, que estaba cerrada, y enseguida hacia la puerta abierta.

—Ciérrala —ordenó al de la camisa de toalla—. Seguro que se pondrá a chillar.

Apenas el joven hubo obedecido, Krasney, recobrando el aliento, rompió a aullar como un lobo.

Sus horribles aullidos se prolongaron unos instantes, durante los cuales los dos jóvenes miraron fijamente a Bingo. Éste, primero, se quitó la boquilla de la boca. Luego se inclinó sobre la bañera y volvió a disparar.

La bala pegó a Krasney en el pecho, más arriba que la anterior, y cortó en seco sus aullidos. Se hizo en el cuarto de baño un silencio sorprendente.

Krasney agitó débilmente los brazos, como un niño de teta hambriento. Luego todo su cuerpo sufrió un espasmo. Por fin, nada.

Sin embargo, Bingo disparó otra vez, ésta apuntando a la cabeza. Por último abrió el grifo del agua caliente, se introdujo entre los dientes la boquilla y se entretuvo contemplando cómo el chorro de agua bañaba el cadáver y escapaba por el desagüe teñida de rojo.

El joven de la camisa listada, sin decir palabra, se agachó para recoger los tres cartuchos vacíos que la pistola había expulsado. Cuando los tuvo se los guardó en un bolsillo de los pantalones.

Bingo suspiró con evidente pesadumbre.

—Odio la idea de derramar sangre. Odio la idea de mancharlo y salpicarlo todo. El pobre Krasney merecía una muerte lo más limpia posible.

—Está bien —dijo el de la camisa toalla, impaciente. Parecía como si de pronto fueran a fallarle los nervios—. Todo lo limpia que quieras. Pero ha chillado como para dejamos sordos, y si hay vecinos esto se llenará enseguida de fisgones. Tienen forzosamente que haberlo oído. ¡Vámonos!

—¿Sí?

El joven frunció el entrecejo.

—Mira, muchas veces pienso que te falta un tornillo.

Bingo se echó a reír, guardó la pistola y abrió la puerta del cuarto de baño.

—Estáis seguros de haber mirado bien en todas partes, ¿verdad? Estáis convencidos de que el pobre Krasney no guardaba nada comprometedor.

—Tú lo has visto.

Bingo asintió.

Miró por última vez en torno suyo.

—Perfectamente, Harry. Vámonos.

Salieron del apartamento. Primero Harry, luego Bingo, luego el muchacho de la camisa listada.

Dejaron la puerta abierta, tal como el propio Krasney la había dejado al entrar.

Se marcharon en un coche que tenían preparado cerca de la esquina.

Hacía más de una hora que se habían marchado cuando un hombre subió por la escalera exterior a la terraza y se detuvo ante la puerta del apartamento. Le chocó hallarla abierta; le chocó y le indignó; pudo notarse por la manera como apretó los puños, por la mueca que puso al descubierto sus dientes.

Era un hombre cuyas civilizadas ropas de calle disimulaban los músculos y acaso también el corazón de un guerrero primitivo; un hombre ágil y de anchos hombros, con la cara como cincelada en cobre, los ojos grises, los labios finos, la mandíbula firme y resuelta; un hombre a quien las mujeres se volvían a mirar, no siempre con disimulo.

Se llamaba Abraham Lincoln Latz. En aquel momento sus civilizadas ropas aparecían sucias de tierra, desgarradas en algunos lugares, en otros con porciones de hojarasca prendidas, y había rasguños en la piel de su rostro y de sus manos.

Latz entró en el apartamento.

Se precipitó a la biblioteca, que estaba contigua al vestíbulo y en la cual se veía luz. Su mueca de despecho se acentuó cuando advirtió el caótico desorden que allí reinaba.

De la biblioteca pasó sin detenerse al cuarto de baño.

Masculló un juramento al ver el cadáver de Krasney, el grifo de la bañera abierto, el agua que se teñía de rojo.

Completó rápidamente el recorrido para cerciorarse de que no había nadie en la casa. Cuando volvió al cuarto de baño ya no tenía prisa ni traslucía su rostro la menor emoción.

Cerró la espita del agua caliente.

Con dedos expertos palpó el cuerpo del cojo y localizó al instante sus heridas. Krasney estaba muerto, tan muerto como la momia de Tutankhamon.

Registró sus bolsillos. Le que encontró le dejó indiferente.

En una de las paredes de la biblioteca, a la izquierda del escritorio, había un bar cuyas líneas recordaban deliberadamente a las de los antiguos muebles rurales. Latz apareció allí con un cigarrillo en la comisura de los labios, seleccionó una botella de «scotch», se sirvió un vaso y lo bebió a palo seco.

Se preguntaba si quienes estuvieron allí antes que él y practicaron el salvaje registro encontraron lo que buscaban. Se preguntó qué sería exactamente lo que buscaban. No tenía de ello la menor idea.

—Maldito idiota —dijo, a media voz, mirando hacia el cuarto de baño—. No se puede trabajar así, Krasney. No se puede. Más vale no empezar. Satanás te explicará ahora que es tarde ya para arrepentirse.

Arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó de un pisotón.

Fue al escritorio y levantó el teléfono. Llamó a larga distancia. El número que pidió no figuraba en ninguna guía telefónica pública.

Obtuvo instantáneamente la comunicación.

—Con el capitán Flynn —dijo.

Desde el otro extremo del hilo inquirió una voz árida:

—¿Quién le llama?

—Su sastre. Es sobre la factura de su último uniforme.

—Aquí no admitimos bromas —indicó la voz.

—Aquí tampoco —respondió Latz, con amargura—. Dígale que Abraham Lincoln está al aparato. Quizá esto le refresque la memoria.

—Oiga…

El tono de Latz se elevó con violenta energía:

—¡Abraham Lincoln! ¿A qué espera, imbécil?

CAPÍTULO III

Era invisible, pero estaba allí.

Veinte hombres escrutaban el límpido cielo del desierto, donde las estrellas refulgían como joyas sobre los tétricos campos de lava. Sus ojos no podían verlo, pero el objeto estaba allí, a muchos, muchísimos kilómetros de altura, desplazándose en el vacío, donde ya no había aire, completamente fuera del mundo.

Los veinte hombres miraban al cielo a través de la bóveda de cristal del observatorio. Esperaban una señal. Un aviso. Llevaban quince minutos esperándolo, y el aviso no llegaba aún.

Uno de los veinte hombres tenía el cabello cano y lucía en su uniforme cuatro estrellas de general. Fue él quien rompió el tenso silencio pronunciando audiblemente una maldición.

Añadió enseguida:

—Control.

—Nada —respondió sordamente un individuo sentado ante un tablero de instrumentos.

—¿Radar?

—Treinta y cinco grados dos minutos norte, ciento nueve quince oeste.

Otro hombre en mangas de camisa, que tenía una pipa en la boca, comentó:

—Casi encima de nuestras cabezas.

—Radio, pruebe ahora —ordenó el general.

De un rincón se alzó la voz profesional del radiotelegrafista:

—Base Alligator llama a Te Equis Noventa. Responda, Rogers. Base Alligator llama a Te Equis Noventa.

Uno de los teléfonos alineados en batería sobre la mesa central de la cúpula emitió un zumbido. El general lo levantó

resueltamente. Escuchó un momento.

—Flynn, es para usted.

Un hombre rubio que vestía de paisano se destacó del grupo.

—Base Alligator llama a Te Equis Noventa —repetía el radiotelegrafista.

El hombre rubio se aproximó el teléfono al oído:

—¿Diga?

—Hay una llamada desde Las Vegas para usted, capitán Flynn.

—¿Quién es?

—He querido consultarle antes de contestar, capitán. Es alguien que dice llamarse Abraham Lincoln. Dice…

—¡Póngame enseguida!

Hubo un «clic».

—¿Flynn? O-Ese-Ese Ciento Once.

—¡Abe Latz! ¿Es usted realmente? ¿Qué hace en Las Vegas?

—Poner a prueba mi suerte. —Flynn percibió en la voz lejana una nota de sarcástico enojo—. Atiéndame, es importante. ¿Qué hay de ese juguete de ustedes?

El capitán miró instintivamente al cielo.

—En el espacio.

—¿Desde cuándo?

—Lo lanzamos hace dos horas y unos minutos.

—¿Sin novedad?

—Así parece.

—¿Con el teniente Rogers a bordo?

—Sí. ¿Qué pasa, Latz?

—¿Por dónde anda en este momento?

—La última posición que he oído lo situaba al sur de la meseta del Colorado.

—Bien, pues convendría que cesara la prueba —dijo gravemente Latz—. Convendría que Rogers permaneciera en tierra vigilado personalmente por usted hasta que yo llegue a esa base.

—Un momento —gruñó Flynn.

Apartó el teléfono de su oído y miró en torno.

El operador de radio repetía su sonsonete:

—Base Alligator llama a Te Equis Noventa. Base Alligator…

—Latz —dijo el capitán, bajando la voz.

—¿Sí?

—Rogers debería haber informado hace más de quince minutos y no ha dado la menor señal. Ahora no contesta a nuestras llamadas. Si sospecha usted algo malo, dígalo.

Del grupo de hombres se elevaba un murmullo.

—No será una sospecha —declaró Latz.

Flynn no le escuchaba.

—Aguarde.

Depositó el teléfono sobre la mesa y se dirigió hacia el lugar donde el grupo se había reunido. Todos contemplaban un aparato manipulado por un hombre de larga nariz, que usaba gafas de concha y ostentaba en el uniforme los emblemas del Cuerpo Médico Militar.

En la pantalla del aparato una aguja iba trazando una curva sinuosa plagada de irregularidades.

El médico dijo, nerviosamente:

—Su corazón. Está fallando. Está débil. No aguanta.

Flynn retrocedió y tomó de nuevo el teléfono.

—Latz, el cardiograma de Rogers indica que algo anormal le ocurre —anunció—. Probablemente está sin conocimiento. ¿Cómo puede usted haberlo sospechado?

—No es una sospecha —repitió Latz—, sino una certidumbre. Ustedes creen haber lanzado al espacio un prototipo experimental de astronave. Pero su famosa Te Equis Noventa no es una astronave. Es otra cosa.

—¿De qué demonio habla?

Latz concluyó:

—Es un ataúd.

El capitán oyó el chasquido de la comunicación al cortarse.

Ceñudo, depositó el teléfono en su soporte y fue al encuentro del general. Los ojos de éste, como los de todos, continuaban fijos en la aguja del radiocardioscopio y en sus oscilaciones.

—Señor, dé usted orden de que la nave vuelva a tierra.

El operador insistía:

—Base Alligator llama a Te Equis Noventa. Responda, Rogers. Base Alligator llama…

El general miró fijamente a Flynn.

—¿Tiene usted algún motivo para pedirme eso, aparte el cuidado que pueda inspirarle la vida de Rogers?

—Lo tengo, señor. Un hombre acaba de anunciarme desde Las Vegas que Rogers morirá.

—¡Desde Las Vegas! —exclamó el general, sobresaltado—. ¿Se trata de una broma?

—¡Señor! —llamó el médico.

El general se volvió.

—¿Y bien, Rabe?

—Vea esto. —El doctor Rabe señalaba el zigzagueante temblor de la aguja—. Es sintomático. Parece imposible en un hombre entrenado como él, pero juraría que Rogers se nos muere si no reacciona antes de unos minutos.

El telegrafista canturreaba:

—Base Alligator llama a Te Equis Noventa…

Los ojos del general se posaron en un hombre que se hallaba a su lado en actitud expectante, aguardando instrucciones.

—Bien, coronel Niven, ya lo ha oído. Disponga que el aparato tome tierra. ¿Quién era su adivino de Las Vegas, Flynn?

—A la orden, señor —dijo el coronel.

Corrió a sentarse ante una mesa.

—Un agente del Servicio Secreto —respondió Flynn.

—¡Tiene que ser una coincidencia!

—Quizá.

El grupo se dispersaba, porque la mayoría de los presentes tenían ahora una misión que cumplir.

Flynn se aproximó a la pantalla de radar. La
«TX-90»
era visible como una pequeña almendra luminosa.

—¿Un agente del Servicio Secreto? —preguntó el general detrás de él.

La trayectoria de la almendra luminosa comenzaba a variar en función de las instrucciones que el coronel Niven daba desde su mesa.

—Sí —dijo Flynn.

—Yo debería estar informando de que el Servicio Secreto tiene o ha tenido algo que ver con nuestras pruebas.

—Yo también, señor. Sin embargo, no sabía nada.

—Capitán, eso es absurdo.

Salvo por la voz tensa del coronel y por la conversación que

ambos hombres sostenían, el interior de la cúpula estaba ahora en silencio.

La almendra luminosa se acercaba.

Millones de dólares en el aire. Quizá el futuro de la astronáutica. Y la vida de un hombre.

Aquella prueba había costado cuatro años de trabajo.

Flynn pensó esto y mucho más, y se encogió de hombros.

—Conozco bien al agente que me ha llamado —declaró sin apartar los ojos de la pantalla de radar—. Fuimos compañeros antes de que yo mudase de destino.

Puedo asegurarle que si se ha ocupado de nuestro proyecto ha tenido sus buenas razones; como las habrá tenido, sin duda, para no avisamos con mayor antelación.

—Absurdo —repitió el general, secamente.

Dio media vuelta, se dirigió a la mesa central y tomó con ademán pensativo uno de los teléfonos. Titubeó antes de llamar. Miró una vez a Flynn. Semejó a punto de renunciar a su propósito.

Pero concluyó llamando.

—Residencia del general Stanford —respondió la inconfundible voz de un negro.

—Póngame con él. Soy el general Hatch.

—En seguida, señor.

Otra voz.

—¿Hatch? ¿Algo grave?

—Podría serlo. Estoy hablándole desde la Base Alligator, con nuestra Te Equis Noventa en el aire. Acabo de saber que se han interesado ustedes por nuestras pruebas y querría obtener la confirmación directa de usted.

No hubo respuesta inmediata.

La voz lejana del general Stanford dijo al fin:

—Sabe usted más que yo.

—¿Eso significa que no ha dado usted orden de que sus hombres intervengan en el proyecto?

—No la he dado. Y no estoy informado de que la haya dado nadie.

—¡Capitán Flynn! —llamó el general Hatch enérgicamente. El aludido acudió y le miró en silencio—. ¿Quién es el agente que ha hablado con usted?

—O-Ese-Ese Ciento once.

Hatch repitió las palabras ante la boquilla del teléfono. Añadió:

—Ha llamado anunciando que el tripulante de nuestro aparato experimental va a morir. Me disgustaría que se tratase de una broma macabra.

—Que yo sepa —el tono de Stanford traslució a las claras su preocupación—, el asunto en que trabaja, para nada se relaciona con ustedes. Lo único que puedo ofrecerle, Hatch, es ponerme en comunicación con ese hombre e informarle de lo que esté ocurriendo.

—¿En qué trabaja?

—Lo siento…

El hirsuto entrecejo del general Hatch se frunció.

—Discúlpeme. Olvidaba que vivimos rodeados de un foso de secretos. —Su voz se hizo agresiva y sarcástica—. Cualquier migaja de información será bien recibida en este asilo de indigentes. Buenas noches, Stanford.

Colgó.

Necesitaba desahogar su cólera, e iba a hacerlo sobre el capitán cuando vio que el doctor Rabe estaba junto a él, y que estaba pálido. El médico había esperado respetuosamente a que terminara su conversación telefónica.

Entonces dijo:

—Rogers ha muerto.

Flynn lanzó una exclamación ahogada.

El general se quedó mudo un instante. Luego exclamó:

—¡No puede ser!

—Señor, es una evidencia…

—¡Le digo que no puede ser! ¡Son esos condenados mecanismos! ¡La radio y el cardiógrafo se han averiado! ¡Algo funciona mal a bordo!

—O en otra parte —murmuró Flynn.

El general le oyó y se volvió a él.

—¿Qué demonio dice?

—Nada que no esté a la vista, señor.

—Capitán, le aconsejo que mida sus palabras. El proyecto Te Equis Noventa está a mi cargo, yo soy responsable de él. Procure no olvidarlo.

—Lo que no olvido —replicó Flynn sin amilanarse—, es que un hombre ha muerto. Acaba de morir. Era alguien a quien todos conocíamos, a quien muchos de nosotros apreciábamos; un hombre joven, valiente y que nunca vaciló en afrontar cualquier riesgo a cambio de contribuir, con su esfuerzo, a que se abriese una nueva era para la humanidad. Creo que Charlie Rogers merece por lo menos una oración.

—Es posible que Rogers la merezca —respondió el general, congestionándose—, pero no la merecen una conexión fundida o un cable roto. —Miró hacia la mesa del coronel Niven—. De todos modos basta ya de esto. Pronto saldremos de dudas.

Se alejó.

Flynn escrutó el pálido rostro del médico.

—¿Es posible que el cardiógrafo se haya averiado, doctor?

—Funciona perfectamente. —El doctor Rabe hizo una mueca—. Ha funcionado hasta recoger el último latido. Crea, Flynn, que para un médico…, presenciar cómo se apaga la vida de un hombre sin poder hacer nada para impedirlo…

Flynn alzó la vista al cielo estrellado.

—Quizá hemos ido demasiado lejos. Quizá no quiere Dios que el hombre abandone el planeta donde Él le colocó. ¿Tiene usted idea de lo que puede haberle causado la muerte a Rogers?

El médico movió negativamente la cabeza.

—Todo estaba científicamente previsto. Conocíamos detalladamente los peligros a que se iba a exponer.

—Pero una negligencia…

—Usted sabe que Charlie Rogers no era negligente.

Flynn suspiró.

—Alguien conocía esos peligros mejor que nosotros.



Alguien ha sabido que Rogers tenía que morir. Sólo existe una explicación para ello.

No dijo cuál.

La puerta central de la cúpula había sido abierta y varios de los presentes, precedidos por el general, salían al exterior.

La TX-90 estaba a punto de tomar tierra.

Flynn lanzó una mirada a la pantalla de radar, luego otra a los hombres que bajo la dirección del coronel Niven manipulaban los telecontroles. Flotaba en el aire una agobiante tensión.

Encendió un cigarrillo y siguió al médico cuando éste abandonó la cúpula en pos del general y sus acompañantes.

Las estrellas refulgían en la atmósfera transparente como el más puro cristal, sobre los áridos, negros campos de lava.

Una de ellas era roja. Una estrella que se movía y aumentaba de tamaño.

Lo que iba a seguir no era nuevo para Flynn ni para ninguno de los que allí se encontraban, pues la astronave experimental había efectuado ya con éxito medio centenar de vuelos. La apariencia era la misma, y, sin embargo, había algo que convertía la prueba de aquella noche en una aventura trascendental.

Había un hombre.

Era la primera vez que un hombre saltaba al espacio exterior a bordo de la
TX-90;
la primera vez que un tripulante cuidadosamente entronado vivía la formidable experiencia conocida exclusivamente hasta entonces por perros, ratones y monos.

En cincuenta vuelos había la
TX-90
demostrado su capacidad de regresar a tierra intacta, así como la precisión de sus respuestas a los telecontroles. Y esto no fue, empero, más que el preludio.

¡Cuatro años!

La incansable labor de un equipo de técnicos, ingenieros, matemáticos, físicos, médicos y militares. Con el salto de Charlie Rogers al vacío culminaban aquella noche cuatro años de sueños convertidos poco a poco en realidad.

Flynn aspiró profundamente el humo de su cigarrillo.

La estrella roja volaba en círculo en torno al campo de aterrizaje. Pasó una vez, dos, tres, más próxima cada una de ellas. Perdía velocidad progresivamente.

En el campo se encendieron centenares de luces.

Un haz de focos permitió ver el gran objeto en forma de cigarro de cuya cola brotaba el rojo resplandor. A partir de aquel momento ya no dejó de ser visible; bello, esbelto, raudo, seguro.

Flynn apretó los dientes: «Un ataúd».

¿Cómo podía saberlo Latz? ¿Cómo podía saberlo nadie?

La nave enderezó su proa y comenzó a descender verticalmente con auténtica majestuosidad. El rugido de los reactores se hizo ensordecedor, no semejaba haber oído humano capaz de soportarlo.

Como siempre. Pero sólo en apariencia.

A Flynn el cigarrillo le quemó los dedos. Lo soltó.

El rugido había cesado. El gigantesco cigarro estaba en tierra, enhiesto, posado sobre su popa, envuelto en el resplandor de los focos.

Funcionaban ya los refrigeradores de agua y aire, sin los cuales la ardiente superficie de la nave hubiera tardado en enfriarse muchas horas. El personal del campo aguardaba con la alta escalera montada sobre ruedas.

La escalera fue empujada por fin hacia el aparato.

Flynn avanzó.

Vio subir al general, seguido por el doctor Rabe.

Esperó al pie de la escalera encendiendo un nuevo cigarrillo. Ni en aquélla ni arriba, en la cabina, había espacio para más de dos o tres hombres. Los restantes esperaban como él, hablando con cierta excitación, pendientes de lo que estaba a punto de producirse.

El médico fue el primero en bajar.

Flynn se precipitó hacia él y le asió del brazo.

—¿Qué?

—Sí.

—¿Muerto?

—Sí.

—¿De qué? ¿Qué le ha pasado?

—No puedo saberlo todavía —dijo éste—. Pero, por supuesto, nada de lo que estaba previsto. Pregúntemelo después de la autopsia.

Cuando Flynn subió a la cabina el general se encontraba aún en ella. Charlie Rogers yacía en su asiento, ataviado con el extraño equipo que los técnicos habían proyectado y realizado sin descuidar detalle para, en suma, enviarle a la muerte.

Despojado del casco y la escafandra, su rostro estaba lívido, y había en sus labios rastros de una espuma de color amarillo-verdoso.

—Acepte mis excusas, capitán —dijo el general Hatch oscuramente. Señaló al muerto con un movimiento del mentón—. Dios no lo ha querido.

Era lo mismo que Flynn pensaba.

Lo mismo que estuvo pensando hasta que tres horas después volvió a hablar con el doctor Rabe.

—¿Radiaciones mortíferas? —dijo éste con voz dura—. ¿Levitación? ¿Deceleración? Nada de eso, capitán. Todo ello estaba previsto, y Rogers había sido adecuadamente entrenado. Lo que le ha matado es casi tan viejo como la humanidad.

—¿Qué?

—Veneno.

Flynn miró al médico con horror.

—Doc, no me diga que…

—Una dosis de tetracloruro de hidrofelanina. Le fue suministrada por vía bucal entre cinco y seis horas antes de su muerte, lo que equivale a tres o cuatro horas antes de que emprendiera el vuelo. Es un veneno cuyos efectos tardan en dejarse notar, pero cuya acción, una vez comienza, es rapidísima.

¿Dios?

Flynn se mordió los labios.

Quizá Dios no lo había querido. Quizá no.

Pero quienes ciertamente no lo habían querido eran los hombres.

CAPÍTULO IV

Vestido únicamente con una toalla arrollada en torno al cuerpo a modo de sarong, Latz levantó el vaso de highball con la mano izquierda y bebió un sorbo. Con la derecha mantenía el teléfono junto a su oído.

—¿Qué más? —preguntó.

—Eso es todo —dijo desde el otro extremo del hilo la voz del capitán Flynn—. Todo, al menos, por lo que a nosotros respecta. Usted tiene la palabra. El general Hatch pretende que el general Stanford…

—He hablado con Stanford. ¿Existe alguna disposición que le prohibiera a Charlie Rogers ausentarse de la base antes de la prueba?

—Tenía la obligación de encontrarse aquí una hora antes de la señalada. Podía disponer libremente del resto de su tiempo.

—Fue puntual, supongo.

—Sí.

—Tenía que serlo. —Latz jugaba distraídamente con el vaso—. Salió de Las Vegas con dos horas y veinte minutos de antelación y no necesitaba arriba de cincuenta o sesenta minutos para llegar a la base.

El tono del capitán denotó asombro:

—¿Salió de Las Vegas? O sea, ¿usted sabe dónde estuvo Rogers antes del vuelo?

—Naturalmente que lo sé.

—¿Sabe también con quién estuvo?

—Con fina mujer. Una rubia llamada Dody Trimble. —Latz hizo una breve pausa—. Alguien le pegó a ella cuatro tiros un par de horas antes de que Rogers muriese, más o menos cuando él

despegaba a bordo de ese artefacto.

El sonido que produjo Flynn tragando saliva fue perfectamente audible a través del teléfono.

—Me deja usted pasmado, Latz. ¿Qué es lo que ha estado ocurriendo? No alcanzo a comprender…

—¿Usted apreciaba a Charlie Rogers?

—Sí.

—Bueno, la noticia no le gustará. Hace cosa de un mes, en Estocolmo, un agente de la Embajada rusa adquirió la fotocopia del proyecto completo de su adorada Te Equis Noventa, incluyendo no sólo los planos y datos técnicos del cacharro, sino incluso el plan de pruebas, los objetivos fijados, los presupuestos, las instalaciones de la Base Alligator, las características del personal que trabajaba ahí, todo, absolutamente todo.

—Pero…

—Aguarde. Me ha costado un mes de trabajo llegar a la mera sospecha de que esos documentos no tenían más que un origen: Charlie Rogers. Fue él quien los puso en circulación y los vendió a través de una organización de profesionales. Fue él. Los sucesos de esta noche me lo han confirmado, y cuando la mujer ha muerto he comprendido que también Rogers moriría.

—¡Latz, por favor! —exclamó el capitán, angustiado—. ¿Se da cuenta de lo que está diciendo?

—Sí.

—¡No lo entiendo! ¡No lo concibo! ¿El proyecto Te Equis Noventa vendido a Rusia? ¿Y por Rogers?

—Vaya y Cuénteselo a Hatch. Pueden pedirle detalles a Stanford cuando yo le haya entregado mi informe.

—¡Santo Dios! —murmuró Flynn.

—Eso es todo lo que quería decirle —concluyó Latz tras haber bebido un par de sorbos—. Puesto que Rogers la ha palmado, mi presencia en la base de nada puede servir. Me quedaré en Las Vegas, donde tengo trabajo de sobra. Saludos, Flynn.

Oyó que el capitán protestaba, pero cortó la comunicación sin prestar oído a sus protestas.

Su vaso estaba vacío. Fue a la cómoda para llenarlo con las botellas que tenía encima, y al hacerlo miró por la ventana.

Lucía el sol. La mañana había avanzado lo suyo, casi sin que él

se diera cuenta. Desde el amanecer se había ocupado únicamente de curar las pequeñas heridas sufridas al escapar del coche de Dody Trimble, de tomar una ducha, de tenderse en la cama a descansar y reflexionar. Se preparaba para el viaje a la Base Alligator.

La conversación con Flynn había hecho aquel viaje inútil.

Latz volvió a beber e hinchó su moreno y musculoso pecho. Había un destello maligno en sus ojos grises.

Regresó junto al teléfono, levantó el aparato y marcó un número.

—O-Ese-Ese Ciento once al habla.

Respondió una voz sin matices:

—A esta hora saca de la cama a tu tía, no a mí. ¿Qué quieres?

—Una mujer ha sido asesinada la pasada madrugada en Chisamita Ridge. Entérate de cómo tiene la policía ese asunto.

—Muy bien. Vuelve a llamarme sobre las seis de la tarde.

Latz consultó maquinalmente su reloj.

—Volveré a llamarte dentro de diez minutos —dijo.

La voz replicó:

—Vete al infierno.

Diez minutos.

Latz se tendió en la cama y pasó los diez minutos bebiendo y mirando al techo. Añadió cinco más de propina.

Luego volvió a llamar.

—El nombre de la mujer es Dorothy Trimble —dijo la voz—. Dody para los amigos. Manicura. Oficialmente manicura, para ser exactos; a ratos perdidos cultivaba…

—Sé todo eso.

—Okey. La han despachado en la carretera de Chisamita Ridge, donde tenía estacionado el coche. Dos heridas de bala, una mortal; dos balas incrustadas en el respaldo del asiento, a su lado. Una denuncia anónima ha hecho que fuera enviado un patrullero. El autor de la denuncia ha sido un hombre. Supone la policía…

—El autor he sido yo.

—¿Ah, sí? —La voz reflejó un ligero interés—. Entonces, ¿para qué me das la lata?

—Yo estaba con la mujer en Chisamita Ridge. Alguien se nos ha aproximado en la oscuridad y ha disparado contra nosotros. He escapado por un pelo, y era a mí, no a la pájara, a quien los tiros

iban dedicados.

—¿Por qué a ti?

—¿Te has vuelto idiota? Dody Trimble me ha llevado deliberadamente a aquel lugar. Con el pretexto de que le hiciera el amor, pero en realidad porque allí estaba aguardando la persona encargada de apiolarme, y a Dody le habían ordenado conducirme al matadero. No supondrás que hemos coincidido por casualidad con el tío de la pistola. Todo estaba preparado de antemano para eliminarme.

—¡Oh, cáscaras! —rió el hombre de la voz sin matices—. Iba a decirte antes que la policía atribuye el crimen a un maníaco sexual; una de esas historias que entusiasman a los diarios de la tarde. La idea es que el asesino robó el coche, pescó a la Trimble en alguna parte, la llevó a una carretera solitaria, la trufó con balas y huyó abandonándola allí. Lástima que no resultase cierto.

El entrecejo de Latz se había fruncido.

—¿El coche era robado?

—Sí.

—¿A quién pertenece?

—A un punto llamado Max Blayne, uno que tiene un almacén de comestibles en Lower Street. Le desapareció a última hora de la tarde, al parecer; no se había enterado hasta que la policía comunicó con él. Esto, por lo menos, me ha dicho el teniente Flagg, A Flagg le gustaría buscarle las cosquillas al pobre tipo, pero ha tropezado de narices con una coartada como una catedral.

—¿Cuál es esa coartada?

—No me lo ha dicho. Como una catedral, es lo único que sé.

Latz agitaba pensativo el fondo de *whisky* y soda que quedaba en su vaso.

—Dody Trimble vivía en los Apartamentos La Ryan, ¿no es así?

—Sí.

—Con una amiga, tengo entendido.

—Ujú.

—¿Ha hablado con ella la policía?

—Supongo.

—¿Qué tal es ese teniente Flagg que se ocupa del caso?

—Como todos los polizontes.

—Bueno, nada más.

—Una cosa todavía: el viejo quiere verte.

—¿Stanford?

—Sí.

—Hablé con él por teléfono.

—No importa, quiere verte. El general Hatch ha perdido los nervios y él está a punto de perderlos también. No acaba de digerir las razones de que tú metas las narices en el asunto.

—Le veré cuando disponga de tiempo para mis relaciones sociales. Hala, buenos días.

Latz depositó el teléfono en su soporte, se despojó de la toalla y la arrojó a un rincón. Comenzó a vestirse.

Se colocó una pistolera axilar y comprobó el funcionamiento de su pistola, que tomó de un compartimiento especial de su maleta de avión, antes de introducirla en aquélla.

Luego eligió su mejor corbata.

Dos muchachas que se encontraban en el puesto de periódicos del vestíbulo del hotel le siguieron con la mirada cuando abandonó éste. Se sonrieron una a otra. Ambas habían experimentado la misma sensación: pasaba un hombre. Un hecho que parecía corriente y no lo era. De haber pertenecido a otra generación, a otra época, ambas se hubieran ruborizado.

Latz tomó un taxi.

—Apartamentos La Ryan —dijo al conductor—. No tengo idea de dónde están.

El conductor la tenía.

El edificio era nuevo, como casi todo era nuevo en Las Vegas; mediocre y de aspecto barato. El lugar adecuado para que residiera una rubia de uñas pintadas de color de plata. Había en la vecindad numerosos establecimientos de prestamistas, uno de los negocios más comunes en la población.

Según el rótulo que figuraba en los buzones del vestíbulo, Dorothy Trimble y Roberta Lee ocupaban el apartamento 40D. Pese a lo temprano de la hora matinal alguien había tachado con un trazo de lápiz el nombre de la primera.

El apartamento estaba en la escalera D, cuarto piso. Latz se encontró en un pasillo largo, estrecho, mal ventilado y decorado con escaso gusto. Una negra hacía la limpieza manejando un aspirador; no le dedicó ni una mirada.

Su llamada a la puerta no obtuvo, al principio, respuesta ninguna. La repitió. Oyó al fin rumor de pasos, de alguien que se movía, y una voz sorda que preguntaba:

—¿Quién es?

—Necesito hablar con usted, señorita Lee.

La puerta se abrió un par de centímetros. Latz vio un ojo que le escudriñaba.

—¿De qué se trata?

—De Dody.

La dueña del ojo abrió la puerta totalmente.

Tenía el cabello castaño y veintitrés o veinticuatro años de edad. Era bonita, aunque casi había que adivinarlo en aquel momento. Acababa, evidentemente, de saltar de la cama, llevaba el cabello en desorden y sus ojos aparecían hinchados y torpes, menos por causa del sueño que —pensó Latz—, de algunas píldoras para dormir.

Vestía una especie de túnica azul celeste que mantenía cuidadosamente ajustada con ambas manos como si le asustara la idea de que el visitante viese lo que no debía ver.

—¿Qué cosa de Dody? —preguntó.

Latz señaló con un ademán a la negra del aspirador.

—Preferiría hablarlo en privado.

—No sé —titubeó la muchacha—. ¿Qué es usted? ¿Un policía? ¿Un periodista? No parece lo uno ni lo otro.

Él declaró lentamente:

—Yo estaba con Dody cuando la mataron.

Roberta Lee se sobresaltó. Llevóse ambas manos a la boca, olvidándose de mantener ajustada la túnica.

Luego retrocedió un paso para dejar franca la entrada.

Latz traspuso el umbral.

El apartamento era diminuto. A la derecha, por una puerta abierta, podía verse la cocina, latas vacías y platos sucios incluidos. Otra puerta a la izquierda, cerrada, comunicaba sin duda con el cuarto de baño.

Había dos camas plegables, una de ellas extendida y revuelta, la otra sin extender; un sofá tapizado de plástico, dos sillas de brazos, una mesa. Las persianas estaban bajadas, las cortinas corridas. La única iluminación, como si fuera plena noche, procedía de una lámpara protegida por una pantalla roja.

Roberta Lee se sentó en el sofá con las piernas dobladas debajo del cuerpo, otra vez manoseando nerviosamente su túnica. Parecía rendida de cansancio, aturdida, con la mente a infinita distancia de la realidad. El reciente sobresalto no había profundizado más allá de su epidermis.

Se produjo un silencio, que ella rompió.

—No sé por qué le he dejado entrar. No entiendo bien a qué ha venido. Dice que estaba… que estaba con Dody…

—Así es.

—Pero la policía no ha dicho que hubiera nadie. Es decir, ha dicho —los ojos de la muchacha cobraron repentina vida—, que el hombre… ¡Oh! ¿Usted? ¿Aquel hombre era usted?

—La policía camina a ciegas.

Roberta se puso de nuevo en pie. Ahora sí estaba asustada. Asustada de verdad.

Miró hacia la puerta.

—¡Márchese! ¡Márchese o pediré socorro a gritos!

Latz preguntó glacialmente:

—¿Quién metió a Dody en ese cochino asunto?

—¡Salga enseguida de aquí!

—No me haga una escena, paloma. La policía no imagina siquiera que existo. Y, sin embargo, entérese, las balas que han matado a Dody, o por lo menos una parte de ellas, estaban destinadas a mí. ¿O le cuento algo que ya sabe de memoria?

Ella respiraba con dificultad.

—¿Yo?

—¿Por qué no? Dos mujeres que viven juntas suelen contarse sus secretos. La policía, ¿no es así, nena?, se quedaría boquiabierta si sospechara la mitad de lo que se oculta detrás del asesinato de Dody.

—¿Detrás? No le entiendo. No entiendo una palabra.

Él sonrió con aplomo.

—Vamos, tranquilícese. Yo puedo tener mis cosas, pero estoy muy lejos de ser el maníaco que la fantasía de los guardias ha creado. Se encuentra tan segura conmigo como en compañía del presidente de la Liga de Moralidad Pública. Siéntese y respire con calma.

La joven no se sentó.

—¿Podría usted… volver más tarde? Quizá…

—No.

—Pero…

—Ahora, muñeca. En caliente. ¿Tiene aquí café?

—Sí.

—Prepárese una taza bien cargada. Y tómese un par de píldoras que le despejen la mollera, si las tiene también. ¿Qué demonio le ocurre?

El tono de él la había serenado un poco.

—Necesitaba dormir —declaró—. Era todo… tan horrible… La policía, Dody muerta, ¡oh, Dios! Me han despertado para contármelo. Me han hecho mil preguntas. Y había periodistas con ellos. Y querían…

—¿Ha tomado algo para conciliar el sueño?

—Sí.

—Está bien —dijo Latz.

No le sorprendió ver que la muchacha crispaba los puños en el escote de su túnica y, de pronto, sin aparente transición, estallaba en histérico llanto.

No le sorprendió en absoluto.

Capítulo V

Roberta Lee tomó un sorbo de su tercera taza de café.

Aquel café era Latz, no ella, quien lo había preparado. Ella se había dado mientras tanto una ducha.

Parecía, después del café y de la ducha, sentirse mejor, aunque no mucho.

—Me recuerda usted a alguien —dijo.

Latz asintió pacientemente.

—A algún bondadoso patriarca, sin duda. Respecto a Dody…

—¿Sí?

—Quiero saber quién la ha matado.

—Mire, averiguar eso es tarea de la policía.

—Y mía. Porque la víctima de ese asesinato debería haber sido yo, de modo que me atañe personalmente.

—¿Qué clase de hombre es usted?

—Un santo varón, nena.

—¿Cómo se llama?

—Abraham Lincoln Latz.

Roberta sacudió la cabeza.

—Señor Latz, pierde usted el tiempo conmigo. La policía me ha hecho todas las preguntas imaginables, pero es ahora, no entonces, cuando conozco la respuesta a la más importante de ellas. Usted es el hombre a quien buscan, el que estaba en el coche con Dody… Vaya y dígaselo.

Latz miraba a la muchacha a los ojos.

—¿Le ha preguntado la policía quién metió a Dody en esta marranada de negocio?

—¡Por favor!

—¿Le ha preguntado quién la convirtió en un miserable

instrumento de sus planes e hizo de ella una asesina?

—¿Está usted loco?

—¿Conoce a un muchacho llamado Charlie Rogers?

Una luz se encendió fugazmente en las pupilas de Roberta. Latz lo vio y la apremió:

—¡Conteste!

—Sí. Sé quién es. Le he visto un par de veces.

—Un amigo de Dody, ¿no? Un muchacho con quien salía. Uno que ocupaba sus ratos libres. ¿Era o no era eso?

—Creo que sí.

—Dody pasó ayer con él toda la tarde. Cuando se separaron, Rogers marchó directamente a la base del desierto donde tenía su trabajo. ¿Sabe usted lo que hacía allí?

—Sí.

—Anoche tenía que someterse a la prueba para la cual había sido entrenado. Tenía que ser el primer hombre en el mundo que saliera al espacio exterior a bordo de una nave-cohete. Lo leerá usted en los periódicos, nena; no se preocupe. Se hablará largo y tendido de ello… Charlie Rogers murió en el interior del aparato a consecuencia de una dosis de tetracloruro de hidrofelanina que Dody le había suministrado por la tarde.

—¡Señor Latz! —exclamó la muchacha, horrorizada.

—Ahórrese el teatro —añadió él con impaciencia—. Después de haberse ocupado de Rogers, Dody se ocupó de mí. Fue sencillo. Yo mismo le di pie, llevaba tres días dándoselo; acudiendo a la barbería del «Park Palace Hotel», donde ella trabajaba como manicura, rondándola, asediándola. Quería saber hasta qué punto llegaban sus relaciones con Rogers, y lo supe demasiado tarde. Dody me citó ayer y se reunió conmigo al deshacerse del pobre idiota. Me llevó a Chisamita Ridge en un coche que no era suyo, sino robado; por ella o por quien fuese. Lo estacionó en determinado lugar, debajo de unos eucaliptos. Exactamente donde le habían indicado que lo hiciera. Donde un hombre armado de una pistola aguardaba en la oscuridad. —Latz se encogió de hombros—. Tuve suerte y me libré de las balas. El hombre disparó por la ventanilla del lado del conductor; si lo hubiera hecho por la del lado contrario yo no estaría aquí ahora.

Roberta Lee se había quedado muda.

Latz, mirándola fijamente, encendió un cigarrillo.

—Júreme que no ha inventado todo eso —murmuró ella al fin.

—¿Por qué habría de inventarlo? ¿Por divertirme a su costa? No, nena, no invento nada. Es sólo un capítulo de una historia nauseabunda.

—¡Pero Dody! ¡No puedo creerlo, señor Latz! ¿Qué razones tendría para haberse comportado de ese modo? ¡Usted la acusa de asesinato! ¡Con un veneno, a sangre fría! ¡Oh, Dios, señor Latz! ¡Una muchacha igual que yo, que había sido mi compañera de trabajo, con la que he vivido, con la que lo he compartido todo, que ha estado durmiendo aquí, a mi lado, noche tras noche!

—Exactamente, muñeca. Y ahora, por última vez, ¿quién metió a Dody en ese asunto?

—¡Es imposible!

—¿Quién fue?

Roberta contempló con ojos atónitos el interior de su taza de café, que estaba vacía.

Se levantó maquinalmente. Dio unos pasos de acá para allá.

Latz observó con satisfacción que ya no se acordaba de mantener cerrada su túnica. Ahora comprobaba que había tenido motivo para hacerlo.

—Si eso es cierto —dijo ella gravemente—, si no es una pesadilla, o una treta de usted, sólo una persona que yo conozca puede haber hecho de Dody lo que usted afirma. Se llama Theodore Prather.

—¿Un amor? —preguntó Latz enarcando las cejas.

La muchacha se paró a mirarle.

—No es ésa la idea que tengo yo del amor. Tampoco era la que Dody tenía antes de conocer a Theo. Pero después de conocerle cambió. Él es… es capaz de pudrir todo lo que toca…

—¿Qué hace?

—Trabaja como crupier en el «Arabian Casino». Un chulo asqueroso, un sinvergüenza, un oportunista. No sé por qué razón las chicas como Dody, que tienen los hombres a sus pies, se pierden por una rata sarnosa como Theo Prather o como otros. Ella no podía explicarlo. ¡Oh, no estaba ciega! Se daba cuenta de la realidad, pero el impulso era más fuerte…

—¿Hablaron ustedes de eso?

Roberta asintió.

—Hice lo posible y lo imposible para que rompiera con él.

—¿Lo ha contado a la policía?

—No.

Latz se puso en pie.

—A esta hora el «Arabian Casino» está cerrado. ¿Dónde encontraré a Theodore Prather?

—Vive cerca de aquí, en Lylluth Street; segunda travesía a la derecha, la tercera casa. Pero aguarde un momento, señor Latz.

—¿Por qué?

—Voy con usted. Dody ha muerto, y si ha sido por culpa de Theo me gustaría… quisiera…

—No.

—Le digo…

—Y yo le digo que no. Usted para nada tiene que meter en esto las narices. —Latz se dirigió a la puerta—: Gracias por su colaboración, y perdóneme por haber interrumpido su sueño.

Abrió.

—Señor Latz.

—No, nena, no insista.

—Sólo iba a decirle que no me ha contado con qué objeto Dody ha… ha envenenado, ¡no puedo acostumbrarme a la idea!, a Charlie Rogers. Ha mencionado que es un capítulo de una historia nauseabunda…

—Algún día trataremos de ella. Hoy tengo prisa.

—¡Señor Latz! ¿Dónde puedo encontrarle si ocurre algo, o si recuerdo algo importante?

—¿No era usted partidaria de dejar el asunto en manos de la policía?

—He mudado de opinión.

—¿Por qué?

Roberta estaba en el centro de la habitación, inmóvil, con los brazos pendientes a ambos costados. Ya ni remotamente se ocupaba de su túnica. Sus ojos, congestionados aún, se fijaban intensamente en Latz.

—Porque me recuerda usted a alguien —dijo.

Él sonrió y se marchó.

El edificio donde habitaba Theodore Prather era muy semejante

al que Latz había abandonado, quizá un poco más lujoso; cinco o seis dólares mensuales de alquiler por apartamento.

El nombre de Prather estaba en el buzón.

Segundo piso. Octava puerta.

Un hombre acababa de salir por aquella puerta cuando Latz dobló el recodo del pasillo. La había cerrado.

Era alto y rabio, ni flaco ni grueso; llevaba un traje de franela blanca, bien embotado en los hombros, camisa de cuello bajo y corbata de lazo azul.

Preguntó, hablando por el costado de la boca:

—¿Quiere usted algo, pimpollo?

Era Theodore Prather, no cabía duda; el tipo de muñeco prefabricado, tirando a imitación barata de Burt Lancaster, que a cualquier Dody Trimble le hubiera sorbido el seso. Esbozaba una sonrisa, chasqueaba negligentemente los dedos de ambas manos y era evidente que trataba de crear una impresión de peligrosidad y dureza.

Latz dijo:

—Quiero hablar con Theo Prather. ¿Es usted?

El hombre hizo como si riese.

—Ahueque, pimpollo. Demasiado temprano para visitas.

—No ha contestado a mi pregunta.

—¿Y qué?

—No tengo costumbre de que me dejen sin respuesta.

—Pues hoy es buen día para empezar a acostumbrarse.

Latz presintió lo que seguiría. Adivinó el movimiento del puño cerrado del hombre una fracción de segundo antes de que se moviera de verdad.

Avanzó un paso e incrustó su propio puño en la boca del estómago de Prather. Éste gruñó sordamente. Sus ojos se nublaron de dolor. Chocó de espaldas con la pared, soltando el aliento en una especie de silbido.

Levantó luego su mano derecha, y el cuchillo de hoja plegable que tenía en ella produjo un siniestro «clic» al abrirse. Latz lanzó contra su rodilla izquierda un salvaje puntapié que le envió de nuevo contra la pared. Volvió a pegarle con la punta del pie en el mismo sitio, y el hombre balbució un quejumbroso juramento, su pierna cedió, se vino a tierra.

Latz pisó su mano armada hundiéndole el tacón en la carne, pugnando por triturarle los huesos. Sonó un grito de dolor, interrumpido bruscamente. Latz se agachó, recogió el cuchillo, lo cerró y se lo guardó.

Una de las puertas próximas se abrió y asomó por ella la cabeza de una mujer de cabello gris.

—¡Buuu! —Hizo burlonamente Latz.

La mujer se retiró dando un portazo.

Prather no parecía capaz de levantarse. Tenía la cara cenicienta, y cuando Latz le enderezó a la fuerza, asiéndole por el cuello, gimió:

—¡Me ha roto la pierna! ¡Cochino, me la ha roto!

—No está —rota.

—¿Qué demonio quiere?

—Vamos adentro y hablaremos.

—No tengo nada de qué hablar con usted.

—Yo diría que sí.

—¡Márchese!

Latz soltó su presa y le descargó al hombre un hachazo con el canto de la mano en el cuello. Prather dio de cara contra la pared, cayó al suelo nuevamente. Desde allí dirigió a Latz una mirada impregnada de odio y de terror.

—Vamos, valiente —dijo Latz—. ¡Adentro!

Presenció con los brazos en jarras cómo el crupier se arrastraba hasta la puerta de su apartamento. Entonces le ayudó a levantarse y aguardó a que abriera. Cuando lo hubo hecho le dio un empellón en mitad de la espalda.

Prather entró tambaleándose en el apartamento, que era mayor que el de Roberta Lee: cinco o seis dólares mensuales mayor; fue directamente a un diván-cama y se arrojó sobre él. Permaneció tendido boca arriba, dándose masaje en la rodilla, gimiendo, sudando y maldiciendo.

Latz cerró la puerta.

—¿Mejora? —preguntó.

—Siento como si la pierna empezara a gangrenarse —respondió el hombre sin mirarle—. Eso, maldito animal, supongo que es lo que usted desea…

—Yo no. Es usted quien ha puesto así las cosas.

—Está bien, he sido yo. ¿Usted quién es?
—No importa. Alguien que necesita información y a quien se la procurará.
Prather se incorporó sobre un codo.
—¿Qué clase de información?
—Referente a Dody Trimble.
Una expresión de recelo se extendió por el rostro del crupier. Entornó los párpados. A través de ellos, empero, percibió Latz la súbita luz que iluminaba sus pupilas.
—Usted… usted es…, ¡el tío que estaba con ella!
—¿Cuándo?
—Cuando…
Prather se tragó las palabras.
—¿Cuándo murió? —preguntó Latz incisivamente—. ¿Cómo sabe que ha muerto? ¿Y cómo sabe que había alguien con ella?
—¡Márchese! —chilló el crupier.
—Yo le diré cómo lo sabe. —Latz se aproximó al diván-cama—. Era usted quien se hallaba oculto en Chisamita Ridge. Fue usted quien disparó contra nosotros.
—¡No! ¡Infierno, no sabe usted de lo qué habla!
En la cabecera del diván la pared tenía un arrimadero de madera.
Latz sacó del bolsillo el cuchillo y lo abrió. Su mano efectuó un movimiento brusco, una rápida flexión de muñeca. El cuchillo salió disparado, pasó a un palmo de la cara de Prather y se clavó de punta en el arrimadero.
El crupier, con la frente inundada de sudor y los ojos muy abiertos, contempló por un momento cómo vibraba el arma.
—No he dicho —articuló—, que supiera que Dody ha muerte. Ni siquiera he dicho que conociera a nadie llamado así. Pero si tanto le interesa le diré ahora que la noticia de su muerte la han dado por radio; y que sí, que conocía a Dody, que últimamente andábamos mucho juntos por ahí. A ver si con esto entiende que no estoy de humor para hablar con extraños.
Latz volvió a preguntar:
—¿Cómo sabe que había alguien con ella?
—Según la radio, un perturbado se llevó a Dody a Chisamita Ridge. La policía cree…

—¿Yo soy entonces ese perturbado?

Prather tragó saliva.

—Es usted quien lo ha dicho.

—No, Theo, yo no lo he dicho. Ha entendido perfectamente lo que quería decir.

La mirada del crupier se posó de nuevo en el cuchillo clavado en la madera. Gimió:

—¡Basta ya de esto! ¡Márchese o llamaré a la policía!

—Adelante, llámela.

—¿Por qué no? ¡Es usted un loco, está completamente loco! ¿Qué quiere de mí? ¿Qué imagina? Yo no sé nada. De verdad. Le diría cualquier cosa tratándose de Dody. Era una chica excelente.

—Quizá lo era, pero antes de conocerle a usted. El coche que usaba, por ejemplo, era robado. ¿Lo robó ella?

—No lo sé.

—¿Lo robó usted?

—¡Por todos los diablos! ¿Quiere marcharse y dejarme solo?

—No —dijo secamente Latz.

Se aproximó más al diván. Se inclinó. Con un ahogado grito de terror Prather trató de apartarse de él. El puño cerrado de Latz bajó con violencia y sus nudillos golpearon una vez más la rodilla izquierda del hombre.

Una convulsión de dolor arqueó el cuerpo de Prather.

Latz inquirió:

—¿Duele?

—Márchese… márchese…

—Puedo hacerle mucho más daño, Prather; piénselo. Esto es sólo un juego.

—Márchese…

—¿Robó Dody el coche?

—¡No!

—¿Lo robó usted?

Prather se cubrió el rostro con las manos y giró sobre sí mismo hasta quedar boca abajo en el diván.

—Sí —respondió. Tenía la cara tapada y casi no se le oía—. Fui yo.

—¿Por qué?

—Porque me lo ordenaron.

—¿Quién?

—Ellos. Los que andan detrás de usted, Latz. Pensaron que servirse de Dody era un buen sistema, puesto que usted estaba haciendo con ella el zángano. Pensaron que Dody podía llevarle a Chisamita Ridge sin dificultad. —La espalda del crupier se estremeció—. ¡Quinientos pavos me dieron por ayudarles! ¡Quinientos miserables pavos, y la mataron! ¡Oh, Dios! Nunca imaginé que hicieran una cosa así.

—Pero la han hecho.

—Iban detrás de usted, no de Dody. Era a usted a quien querían.

—¿Quiénes son ellos?

Prather guardó silencio un instante.

—Eso no se lo diré, Latz.

—¡No empecemos de nuevo!

—¡Empezaremos o no empezaremos, pero no se lo diré! Me gustaría ayudarle, se lo juro; Dios sabe que me gustaría. No puedo. Sería mi muerte si le dijese más de lo que ya le he dicho.

—Será su muerte de todos modos —replicó Latz.

CAPÍTULO VI

El miedo y el dolor le habían devastado el rostro a Prather.

Se incorporó. Quedó sentado en el diván, apoyada la espalda en la pared. Sus ojos fijos en Latz lagrimeaban.

—¿Será mi muerte? —repitió con voz temblorosa—. ¿Qué quiere usted decir?

—Sus amigos están haciendo liquidación general para cubrirse las espaldas. La noche pasada ha muerto Charlie Rogers, a quien lo debían todo; ha muerto Levy Krasney, su principal agente; ha muerto Dody, su gancho. La maniobra es evidente; hacer que los elementos débiles de la organización se eliminen unos a otros para después eliminar a los supervivientes de un solo golpe. Dody despachó a Rogers y a su vez la despacharon. Usted debe de estar en el próximo tumo.

—¡Yo no! ¡No diga eso!

—¿Por qué van a hacer con usted una excepción?

—¡Yo no! —repitió Prather roncamente.

—¡Use la cabeza, idiota! Han matado a Rogers y a Krasney, ambos comprometidos hasta el cuello, ambos con una participación en el negocio que debía de representar una fortuna. Usted no ha ganado más que quinientos dólares y puede acusarles de asesinato. Si Rogers y Krasney han caído, ¿cómo cree que a usted lo dejarán vivir?

El crupier se ahogaba.

Con mano insegura señaló un mueble bar colocado a la derecha de la puerta de la cocina.

—Por favor, necesito un trago. Por favor. Ahí encontrará una botella.

—Vaya y cójala usted.

—¡No puedo! ¡Me ha dejado cojo! ¡Me ha deshecho la rodilla!

Latz arrancó el cuchillo de la pared y se lo volvió a guardar antes de ir en busca de la botella.

Había ocho o diez de éstas en el bar, todas vacías, con excepción de una de rye. Se la arrojó a Prather, quien la cazó al vuelo y bebió directamente del gollete.

Luego eructó y dijo:

—No entiendo ni la mitad de las cosas de que usted habla, Latz. Se lo juro. Apuesto a que sabe de todo esto más que yo.

—Pero no sé lo que me interesa.

La bebida le devolvía a Prather el color.

—Nunca oí mencionar a nadie llamado Krasney. No sabía que Charlie Rogers hubiera muerto.

—Miente.

—¡No miento, Latz!

—A Rogers le ha matado Dody. ¿Cómo no va usted a saber eso?

—Ella… ella no me dijo nada…

—Dody estaba en contacto con la organización a través de usted, ¿no es así? Si mató a Rogers fue porque: usted se lo ordenó. Utilizó un veneno, ¡y usted le proporcionó ese veneno!

El crupier escuchaba con interés. Movía negativamente la cabeza mientras Latz hablaba.

—Se equivoca.

—¿Entonces?

Prather bebió otro trago de la botella.

—Yo… yo le había proporcionado a Dody algún buen asunto… Nos favorecíamos mutuamente, si entiende lo que quiero decir. Trabajo en el «Arabian Casino», un empleo en el que veo a gente importante y que me permite hacer mucho por una chica ambiciosa a cambio de una razonable comisión. No soy un negrero, Latz. Las que hubo antes que Dody conservan un recuerdo agradable de mí, puede preguntárselo. Y todas han hecho carrera.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Un individuo me vio una noche con Dody, uno a quien yo conocía vagamente, y me dio diez pavos para que se la presentase. Era un asunto distinto. Ahora me arrepiento…

—¿Qué asuntó era?

—Créame, no lo sé. He tenido con Dody escenas terribles y no

he conseguido arrancarle una palabra. Me pagaba mi parte, y en paz.

—¿Algo relacionado con Charlie Rogers?

—Por supuesto que sí.

—Es decir, usted puso a Dody en contacto con la organización y luego le dejaron al margen. Narices, Theo. Usted no es el tipo que se resigna a vivir en las nubes si a ras de suelo hay algo que pellizcar.

—Soy el tipo —respondió el crupier oscuramente—, que se preocupa de conservar su pellejo intacto. Jamás me he buscado complicaciones innecesarias.

—¿Y lo del coche?

—Anoche lo necesitaban para dejarle a usted en Chisamita Ridge. Me pagaron quinientos pavos por el trabajo, ya se lo he dicho.

—Pero le contaron para qué iba a servir.

—¡No iba a meterme a ciegas en el embrollo! Sé para lo que sirve casi siempre un coche robado.

—Un asesinato —dijo Latz entre dientes—. Por quinientos dólares robó el coche necesario para cometer un asesinato. Es usted una basura pestilente, Theo.

Prather arrugó los labios en una mueca.

—Lo hice por Dody.

—¡Vamos! Por la comisión que cobraría de lo que le pagaran a Dody, querrá decir. Eso es lo que le duele, que Dody ha muerto y usted no ha cobrado.

—Bueno —murmuró el crupier.

—¿Quién le dijeron que era yo?

—Un estorbo.

—Mencionaron mi nombre. Usted lo sabe y yo no se lo he dicho.

—Sí, lo mencionaron.

Latz sonrió sin alegría.

—Un estorbo, Theo, exactamente; eso es lo que soy. Un agente del Servicio Secreto si hemos de decir las cosas claras.

Prather se estremeció.

—¿Usted?

—¿Qué esperaba?

—No lo sé… ¡Por favor, Latz, hágase cargo! Todos un día u otro

cometemos errores. Si hubiera imaginado…

—Matarme a mí no es peor que matar a otro hombre.

—¡Usted no me entiende! Cuando esa peste de gente se liquida entre sí todos nos quedamos más anchos. Eso fue lo que pensé.

—¿Con Charlie Rogers metido en el asunto? ¿Sabiendo que Rogers era piloto de pruebas de una base militar donde se efectúan experimentos secretos? ¡Es usted un canalla, Theo, pero no un imbécil!

—¡Sí lo soy! —gimió el crupier—. ¡Un completo imbécil! ¡Tenga piedad, Latz! ¿Acaso no le estoy diciendo la verdad ahora que me ha abierto usted los ojos?

—No.

—¡Cómo que no!

—La verdad sobre esas naderías me tiene sin cuidado. Necesito saber quién contrató los servicios de Dody, quién nos sentenció a muerte a ella, a Rogers, a Krasney y a mí. Nombres, datos, circunstancias, ¡todo!

Prather se restregó la frente con la mano para secarse el sudor.

—Se lo diré.

—¡Dígalo!

—Espere. Quiero que antes lleguemos a un acuerdo. Arriesgo demasiado en la jugada, y un favor como el que yo voy a hacerle, Latz, se paga caro. Me equivoqué, lo admito y me arrepiento, pero necesito una compensación.

—Conforme. —Latz se encogió desdeñosamente de hombros—. Ya ha probado la moneda en que yo pago. Si le apetece más, por mí no hay inconveniente.

—Hablo en serio.

—Yo también. Pocas veces he hablado más en serio en mi vida.

—No me refería a dinero.

—Yo tampoco.

—¡Latz, está usted estrangulándome! ¡Está negándome el aire que respiro! Si el Servicio Secreto tuviera en cuenta mi espíritu de colaboración, yo con muchísimo gusto…

—No —dijo Latz. Sacó el cuchillo, lo hizo saltar en su mano y lo abrió con un ágil movimiento de los dedos. No miraba al crupier—. No, Theo, ni hablar del asunto. Usted me recuerda a un individuo a quien conocí en Suiza hace cinco años. Sostuvimos una discusión

muy parecida a ésta. El pobre sujeto se llamaba Gruber, no lo olvidaré fácilmente. Desde aquel día vive en un hospital de Zurich; figúrese, cinco años, y los que le quedan todavía por vivir… Suelo enviarle un obsequio todas las Navidades.

—Balandronadas —replicó Prather con voz débil.

—Quizá.

Hubo un silencio.

Prather temblaba. Por fin se decidió a preguntar:

—¿Qué me harán ustedes?

—¿Qué le harán sus amigos?

—No es ésa la cuestión. Yo…

Calló.

Había sonado una llamada a la puerta.

—¿Espera a alguien? —preguntó Latz.

—Siempre viene uno u otro. —Un rayo de esperanza brillaba en los atormentados ojos del crupier—. No sé. Sea quien sea, es oportuno.

—No se haga ilusiones. No abriré ni le permitiré abrir. ¡Oh!, y si intenta gritar o comete alguna tontería le cortaré la lengua con su propio cuchillo. —El rayo de esperanza se apagó en los ojos de Prather—. Conocí en Siria a un infeliz a quien se la habían cortado. Era horrible, Theo.

Volvieron a llamar.

—Sus truculencias me dejan frío —declaró el crupier haciendo un esfuerzo—. Suenan a cosa de historieta infantil.

—Quizá —repitió Latz.

Llamaron por tercera vez.

Prather contemplaba la puerta como hipnotizado, pero no se atrevía a moverse.

Entonces ocurrió algo que Latz no esperaba, y el crupier, evidentemente, tampoco.

Sonó al otro lado de la puerta un estampido sordo, no más ruidoso que una palmada. La madera astillóse en torno a la cerradura.

Latz se apartó velozmente a un lado guardándose el cuchillo y llevando la mano a su pistolera axilar.

La puerta se abrió con violento impulso.

—¡Bingo! —chilló desesperadamente Prather.

Tres hombres habían entrado. El que iba en cabeza vio a Latz.



Tres hombres habían entrado.

—¡Cuidado! —exclamó.

Se arrojó al suelo. Se movió como un torbellino. Empuñaba una pistola provista de silenciador que empezó a ladrar sordamente mientras él se movía.

Todo se produjo en confusión y de manera casi simultánea.

Uno de los dos hombres que se hallaban en segundo término retrocedió al pasillo, el otro se arrojó en plancha al interior de la habitación. Ambos abrieron fuego al unísono concentrándolo sobre Latz.

Éste disparó una sola vez antes de percatarse de que estaba enteramente al descubierto, su arma sola contra tres. Las balas le rozaban cuando saltó a buscar refugio en la cocina en medio de un estrépito pavoroso, pues ni su pistola ni las de los dos últimos hombres llevaban silenciador.

En el momento en que saltaba lanzó una mirada a Theo Prather. Le vio incorporado a medias en el diván, desorbitados los ojos, agitando las manos como si quisiera asirse al aire. Para él habían sido los tiros del primero de los tres hombres, a quien moverse como un torbellino no impedía disparar desde el suelo con precisión mortífera. El crupier no tardaría en morir ni diez segundos.

Tardó seis.

Latz estaba en la cocina y había entornado la puerta dejando un resquicio para mirar y disparar. Se sabía a salvo. La batalla no podía prolongarse en un edificio atestado de inquilinos, a no ser que los tres hombres hubieran perdido la razón, No hubo peligro más que en el primer instante.

Pero no era estar a salvo lo que le importaba.

Era responder al fuego con el fuego.

Ninguno de sus tres enemigos aparecía, empero, en su angosto campo visual. Los disparos habían cesado. Latz adivinó que las tres pistolas estarían encañonando la puerta de la cocina.

De pronto alguien dijo:

—¡Qué fastidio! Me he puesto perdido el traje, ¡y ese tío ahí haciéndonos la pascua! Hijos, vámonos antes de que se arme la gorda. Cuidado al pasar por delante de su línea de tiro…

Latz asió la pistola con fuerza.

Los tres hombres sabían lo que hacían: pasaron como centellas, una visión fugaz de tres cuerpos. Uno de ellos una nota de color amarillo vivo.

Latz disparó.

Abrió la puerta.

Dos de los hombres habían ya salido del apartamento, pero uno continuaba todavía en éste, parado en extraña actitud, inclinado

hacia atrás, oprimiéndose la garganta con una mano.

Era un muchacho corpulento, ataviado con una camisa amarilla de tela de toalla. Mala suerte para él: la camisa había resultado un blanco fácil.

Fuera, en el pasillo, la pistola con silenciador dejó oír dos más de sus ladridos sordos. Latz presenció al abandonar la cocina cómo el muchacho se convulsionaba al recibir el impacto de las balas, cómo se retorcía articulando una exclamación de dolor y de asombro.

¡Un blanco demasiado fácil!

Su propio compañero, el hombre de la pistola con silenciador, no había vacilado en rematarle. La camisa amarilla se le estaba tiñendo de rojo. Si algo tenía que decir ya nunca lo diría.

En el pasillo sonaban voces excitadas, histéricos chillidos femeninos.

Latz llegó a la puerta del apartamento.

Tarde.

Varias personas, casi todas mujeres, se arremolinaban, hablaban y gritaban a la vez. Los dos pistoleros habían pasado entre ellas, habían desaparecido dejando un rastro de terror.

Estaría en conmoción el edificio entero. Si los dos hombres lograban escapar sería posiblemente abriéndose camino a tiros.

Ellos podían hacerlo. Latz no.

Por un instante no supo qué conducta seguir. Luego enfundó la pistola y salió al pasillo fingiendo que se tambaleaba.

—¡Asesinos! —exclamó—. ¿Dónde están? ¿Por dónde huyen?

Un coro de chillidos acogió su aparición.

Varias manos señalaron frenéticamente en dirección a la escalera. Latz corrió hacia allí.

—¡Detenedles! —gritaba—. ¡Cuidado! ¡Detenedles!

Un disparo sonó en la planta baja.

Latz no pasó del hueco de la escalera. Descender era inútil.

Evocó la disposición del vestíbulo, la situación de la escalera en relación con éste. Calculó que la puerta de entrada del edificio se encontraba, dos pisos más abajo, en línea con la posición que él ocupaba ahora y exactamente a su espalda.

Su idea era asomarse a la ventana de uno de los apartamentos situados en aquella parte del edificio, dominar la entrada de éste,

disparar desde allí contra los fugitivos.

Dio la vuelta para hacerlo.

Una de las mujeres que se hallaban en el pasillo le señaló entonces con un grito horrorizado:

—¡Ese hombre es uno de ellos! ¡Es uno de ellos! ¡Yo le he visto pegar al señor Prather!

Latz pronunció una maldición.

Era verdad. La mujer le había visto. Asomó la cabeza por una de las puertas cuando él acababa de derribar a Prather. En el momento menos oportuno.

—¡Uno de ellos!

Ahora no podía librarse de ella con un «¡Buuu!» burlón.

Se renovaron los chillidos.

Dos hombres se decidieron a avanzar. El hecho de que Latz no empuñase arma ninguna parecía infundirles ánimo.

Con una mueca de amargura renunció aquél a su propósito y se precipitó hacia la escalera.

Tuvo a última hora más suerte de la que esperaba. Hubo un coro de advertencias y gritos de aviso, pero había transcurrido desde el paso de los pistoleros tiempo suficiente y era en el piso inferior y en la planta baja lo bastante grande la confusión como para que pudiese mezclarse entre las personas que, unas, subían jadeantes y excitadas a enterarse de lo ocurrido en el segundo piso, y otras bajaban al vestíbulo como huyendo de una catástrofe.

Se encontró en la calle. En medio de un grupo de mirones.

—¿Dónde están? —preguntó a uno.

—¡Cualquiera sabe ya! Iban en un «Chevrolet» blanco y verde…

—Un «Buick» —rectificó otro.

—Blanco y azul —dijo un tercero.

Latz suspiró y se marchó.

Capítulo VII

El barman depositó el vaso en un platillo sobre el mostrador.

Una amplia sonrisa iluminó su negra cara.

—Aquí tiene, señor. Y enhorabuena, señor. Un highball a media mañana demuestra gusto selecto y aristocráticas costumbres.

—Herencia de mi madre —asintió Latz. Se llevó el vaso a los labios—. ¿Puedo usar el teléfono?

—La cabina es suya, señor.

Fue a la cabina con el vaso en la mano.

Llamó.

—O-Ese-Ese Ciento once al habla.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó la voz sin matices.

—¿Qué me ha parecido qué?

—¿Estás en el hotel?

—No.

—Pues ve en cuanto puedas. Te he enviado un cuestionario redactado expresamente para ti y un mensaje urgente de Stanford.

—¡Al diablo! —exclamó Latz—. ¿Qué le pasa?

—Es referente a Levy Krasney. Tómalo con calma. Al viejo le están apretando las clavijas por todas partes, y en realidad lo que está haciendo no es más que cubrirte a ti.

—Dile que se lo agradezco, pero que Krasney está muerto y de nada sirve. Le he informado ya de este asunto. Son los vivos quienes importan ahora. Por ejemplo, un pájaro a quien probablemente llaman Bingo.

—¿Quién?

—Bingo. No estoy seguro. Alguien pronunció esta palabra al verle. Pudo ser una interjección, pero me inclino a creer que era su nombre.

—Clarísimo —dijo la voz con una sombra de sarcasmo—. Lo he comprendido perfectamente.

—Dody Trimble tenía un amigo —explicó Latz—; un crupier del «Arabian Casino» llamado Theodore Prather y experto en vivir a costa de las mujeres bonitas. Fue él quien robó el coche que usaba la rubia. Le he visitado hace un rato, y estábamos a la mitad de nuestra charla cuando nos han interrumpido tres sujetos al ver al que marchaba en cabeza Prather ha exclamado: «¡Bingo!». No he podido distinguirle bien. Es más o menos un tipo bajito y de cabello rizado que habla con voz untuosa, peligrosísimo con una pistola en la mano, eficaz, que no se anda por las ramas cuando hay pelea. Es posible que estos datos basten para identificarle.

—Ya veo.

—Ponte al habla con los archivos del F. B. I, si la policía local no sabe nada. Tiene que estar fichado por una cosa u otra.

—Bingo, ¿eh?

—Sí.

—¿Qué pasa con los otros dos?

—Eran muchachos jóvenes. Uno ha quedado muerto en casa de Prather. Puede ser una pista para dar con Bingo.

—Y con el otro.

—Es Bingo quien me interesa. Él parecía llevar la batuta.

—¿Dónde vivía ese Prather?

—En un edificio de apartamentos de Lylluth Street, no lejos de donde Dody Trimble y Roberta Lee.

—¿Cuántas personas han muerto allí?

—Dos, que yo sepa.

—Con Dody Trimble, Levy Krasney y Charlie Rogers suman cinco. En pocas horas. Es injusto que tengamos a la policía sin información. ¿Has pensado en ello?

—Me importa un pepino.

—No saben siquiera que ha muerto Rogers. La Base Alligator se ha rodeado de un muro de secreto hasta que Hatch resuelva lo que debe hacerse. No le envidio. Hay cinco periodistas allí, incomunicados desde la pasada madrugada. Imagina el jaleo que estará armándose.

—¿A mí qué? Contad lo que os parezca. En nada perjudicará mi trabajo.

—¿Seguro?

—Sí.

—Está bien, hablaré con Stanford. Pero no resolveremos nada hasta recibir tu cuestionario cumplimentado; a fin de cuentas Krasney ha sido la clave de todo. Enviaré un muchacho a tu hotel dentro de una hora.

—¿Una hora? ¡Por Júpiter! ¿Lo quieres dentro de una hora?

—Es una orden. Y de Stanford, no mía.

—Veremos —refunfuñó Latz.

Colgó el teléfono y regresó al mostrador bebiendo a sorbos su highball.

El barman negro sonreía.

—¿Otro, señor?

—Es suficiente.

—En efecto, señor; la medida justa. Un highball a media mañana. Uno nada más. Tónico para el cuerpo y el espíritu.

Latz le envió mentalmente al diablo, pagó y se marchó.

El mensaje del general Stanford, con su inconfundible sobre verde pálido, le aguardaba en la oficina de recepción del hotel.

El empleado que se lo entregó dijo:

—Su sobrina está arriba, señor Latz.

Latz le miró sin expresión.

—¿Sí?

—Llegó hace unos minutos.

—¿Espera en mi habitación?

—Sí, señor Latz.

Su sobrina.

¿Qué sobrina?

Latz daba vueltas al sobre verde entre sus dedos mientras subía en el ascensor. Su rostro traslucía completa indiferencia.

Abrió la puerta de su habitación, entró y la cerró a su espalda.

—Me he puesto cómoda —dijo Roberta Lee.

Vestía de nuevo su túnica azul. De no ser porque en una butaca se veían las ropas que acababa de quitarse y porque a los pies de la cama estaba su maleta abierta hubiérase creído que había sido transportada por un sortilegio desde su apartamento a aquella habitación.

—No me gusta que me tomen por más viejo de lo que soy —

declaró Latz calmosamente—. Otra vez diga que es mi prima, o incluso que es mi tía. Sobrinas no tengo ninguna.

La muchacha le miraba a medio camino del cuarto de baño.

Era otra. El abotargamiento había desaparecido de su cara. Sus grandes ojos pardos brillaban con subyugante esplendor, sus tentadores labios se entreabrían en una sonrisa, su figura irradiaba vida y juventud.

Enteramente otra.

Latz sintió repercutir dentro de sí la vigorosa llamada de su presencia femenina. Al respirar llegó a su olfato un delicado perfume.

Ella preguntó:

—¿No quiere saber por qué he venido?

—Lo supongo. Me dijo antes que Dody Trimble era una mujer igual que usted. Sé la clase de mujer que era ella…

La sonrisa de Roberta se esfumó instantáneamente. Sus mejillas se cubrieron de rubor.

—Señor Latz, no me pareció usted el hombre que piensa esas cosas de una muchacha.

—Pues se equivocó, muñeca. Pero ya que está aquí y se ha puesto cómoda, siga, no se preocupe por mí. En seguida me marcho.

—Señor Latz.

Él comenzó a rasgar el sobre verde.

—¿Qué?

—He venido porque tengo miedo.

Latz alzó la vista.

—¿Sí?

—Han matado a Theo Prather.

—¿Cómo lo sabe?

—Todos lo saben en los alrededores de mi casa. Yo estaba en Lylluth Street cuando han pasado los coches de la policía y las ambulancias. Se ha armado gran revuelo…

—¿Y qué?

Roberta se humedeció los labios con la lengua.

—A Theo le ha matado Johnny Bingo.

Latz estrujó entre sus dedos el sobre y su contenido e inconscientemente los convirtió en una bola.

—¿Quién es Johnny Bingo?

La muchacha no contestó directamente a la pregunta.

—Antes me equivoqué —dijo.

—Quiero saber quién es Johnny Bingo.

—Espere, por favor. Me equivoqué cuando acusé a Theo de haber mezclado a Dody en ese asunto de que usted me hablaba. Puede que Theo interviniera, pero luego he recordado… Algo me ha hecho recordar… Me refiero a que fue Johnny Bingo quien la mezcló.

Latz miró en torno.

Sobre una mesa, entre las butacas, había una bandeja con botellas y vasos. Fue hacia allí pasando ante Roberta, escanció *whisky* y soda en un vaso, alzó éste y lo examinó al trasluz.

—¿Quiere?

—No me vendría mal —ˆ— asintió la muchacha.

Él preparó un segundo vaso y se lo entregó.

Roberta retiró sus ropas de la butaca, las depositó en la maleta y tomó asiento. Sus ojos no se apartaban del rostro de Latz.

Éste bebió y dijo:

—¿Por qué afirma que Johnny Bingo, sea quien sea, ha matado a Prather?

—Porque le he visto. Y él me ha visto a mí.

—¿Dónde?

—En un coche. Iban él y otro. Han doblado la esquina de Lylluth Street cuando yo salía de casa, han pasado por mi lado. Bingo no podía dejar de verme.

—¿Cuándo ha sido eso?

—¿No comprende? Minutos antes de que acudiera la policía a Lylluth Street y me enterase de lo que había ocurrido. En seguida he relacionado una cosa con otra. La manera como Bingo me ha mirado… ¡Oh, Dios! Seguro que ahora estará pensando en matarme y que si no lo ha hecho todavía es porque no se acordaba de mí. Me he asustado. He vuelto corriendo a casa, he hecho la maleta y me he puesto a buscarle a usted.

Latz sostenía ceñudamente la mirada de ella.

—Yo no le he dicho dónde vivía. Usted me lo ha preguntado, pero no se lo he dicho.

—No. He tenido que preguntar por teléfono en nueve hoteles antes de localizarle.

—Está bien. Siga con lo de Bingo.

—¿Qué quiere saber?

—¡Infierno! ¿No dice que él metió a Dody en el asunto?

La muchacha movió afirmativamente la cabeza. Se acomodó en la butaca. Cruzó las piernas sin prestar a los caprichos de su túnica la menor atención.

Estaba absorta en sus pensamientos. Su vaso continuaba intacto.

—Mire, se lo contaré todo desde el principio —dijo al fin—. Yo trabajé mucho tiempo de manicura con Dody, en el «Park Palace», hasta que un día un cliente me habló de un puesto en el guardarropa del «Jolly Club». Un empleo tranquilo, con buenas propinas. Me gusta cambiar, ¿sabe? Probar cosas nuevas. Y estaba harta de la barbería del hotel, siempre los mismos pelmazos, las mismas historias, las mismas proposiciones. Así que acepté, más que por nada por ver qué tal resultaba. Y resultó bien.

—Me alegro —dijo secamente Latz.

Ella le miró perpleja, tratando de comprender si se burlaba o no. Al cabo de un momento prosiguió:

—En uno de los números de *strip-tease* del «Jolly» actuaba una chica que se llamaba Cherry Cohen. Cuando yo comencé a trabajar la rondaba un hombre que parecía insignificante, bajito, sonriente, muy amable, muy generoso en cuestión de propinas, pero uno de esos hombres que si una, le mira dos veces a los ojos ve cosas que dan miedo. Una vez me contaron que había estado en presidio y que en realidad deberían haberle condenado a la cámara de gas si hubiesen podido probar la tercera parte de las hazañas que se le atribuían. Decían que era un famoso pistolero de Nueva York y que había venido al Oeste para mejorar de aires.

—¿Johnny Bingo?

—Sí, así se llamaba. Bueno, el caso es que Cherry Cohen se coló por él, y Bingo la retiró del club, y ella dejó de actuar, y no volví a verla más que algunas veces, cuando ambos venían juntos, Cherry muy elegante, hecha una dama. Luego, una noche, Bingo vino al «Jolly» acompañando a Dody. Me quedé de piedra. Le dije a ella que tuviera mucho cuidado, que Cherry era una chica de armas tomar y estaba muy celosa de su hombre… Dody se echó a reír y me aseguró que entre Bingo y ella no había más que negocios. Quise saber qué negocios eran y contestó que me ocupara de mis

propios asuntos. Pero era verdad, se trataba de negocios solamente; más tarde me convencí.

—¿Por qué se convenció?

—¡Oh, no sé! Esas cosas se notan. Dody nunca me contaba nada; desde que andaba con Theo no me hablaba nunca de sus asuntos, pero viviendo juntas había cosas que yo no podía dejar de notar. Como un día en que me enseñó un montón de billetes, cinco o seis mil dólares por lo menos, y me dijo: «¿Lo ves? ¡Mi parte en el negocio! Si no fuera por mi ayuda me gustaría saber cómo Bingo le pagaría sus caprichos a su adorada Cherry…». No, no pretendía engañarme. Era cierto que Bingo y ella explotaban algún negocio en común. Ella y un hombre de la reputación de Bingo… Tenía que acabar mal. Dody se reía de mí cuando intentaba abrirle los ojos.

—¿Por qué no me habló de eso antes?

—Porque no se me ocurrió relacionarle a usted y todo lo que me contaba de la muerte de Dody y de Charlie Rogers con Bingo. No sabía que hubiera la menor relación. Dody estaba metida en muchas aventuras raras; no digo crímenes, yo no la creía capaz de tanto. Y quien la había empujado era Theo…

—¿Había algo entre Theo y Bingo?

—Yo no sabía tampoco que hubiera nada.

—¿Les vio juntos alguna vez?

—Nunca.

Latz suspiró.

Su voz sonó casi afectuosa al preguntar señalando el vaso de la muchacha:

—Nena, ¿por qué no bebe?

Roberta sonrió.

—Gracias. —Se llevó el vaso a los labios—. Todo eso que le cuento, ¿le sirve de alguna ayuda, señor Latz?

—¿Realmente quiere ayudarme?

—Usted no me cree. No se fía de mí.

Él se encogió de hombros.

—Las mujeres bonitas son armas peligrosas cuando se las sabe utilizar. Procuro que no me tomen desprevenido.

—¿Quién es usted?

—Ya me preguntó eso en su casa.

Roberta sacudió obstinadamente la cabeza.

—Además de no creerme y no fiarse de mí, señor Latz, usted me toma por tonta. Puede que lo sea un poco, pero no tanto como para no comprender que detrás de la muerte de Dody hay algo muy grave, muy grave de verdad; a ello se refería usted antes, en mi casa, cuando me ha preguntado si sabía lo que hacía Charlie Rogers… Bien, Charlie Rogers era un piloto de la Base Alligator, y todo el mundo sabe lo que hacen allí.

—¿Y qué?

—Pues que usted no interviene en el asunto porque le afecte de una manera personal, sino porque es un G-man o algo parecido.

Latz esbozó una fría sonrisa.

—Supongamos que soy algo parecido.

—Me alegro.

—¿Se alegra?

—Sí, señor Latz. —Roberta se inclinó hacia adelante para depositar el vaso sobre la mesa. Luego se levantó de la butaca—. Me alegro porque ahora sé que puedo realmente contar con su protección. Usted no me abandonará. No permitirá que Johnny Bingo…

—¿De veras tiene miedo? —La interrumpió él.

Ella se le acercaba lentamente.

—Usted no me cree —insistió.

—No.

—Piense por un momento como un ser humano, no como un G-man o lo que sea. Cuando he visto a Johnny Bingo, cuando he sabido lo que le había pasado a Theo, usted y sólo usted me ha venido a la memoria. Llámelo instinto, intuición femenina, como guste; pero he tenido la sensación de que junto a usted estaría más segura que en cualquier otro lugar del mundo. Se lo han dicho otras mujeres, ¿no? Da usted una impresión de firmeza, de vigor, de hombría…

—Me lo han dicho —asintió Latz mirándola a los ojos—. Todas las que me lo han dicho se proponían, o bien obtener algo de mí, o bien encerrarme en una ratonera.

La muchacha se estremeció.

—¿Qué clase de mujeres ha tratado?

—Mujeres como Dody Trimble, por ejemplo. Y ella era igual que usted.

—¿No puede olvidar esas palabras?

—No, encanto.

Roberta dio, de súbito, un último paso hacia adelante. Se alzó de puntillas.

Sus labios se posaron en los de Latz. Su perfume le envolvió en un aura turbadora. Su tibieza le transmitió un inquietante pálpito de vida. Sus manos le acariciaron delicadamente la nuca.

Él permaneció inmóvil como una estatua.

—¿Tampoco puede olvidarlas ahora? —preguntó ella después.

—Menos aún. —Latz se pasó ostensiblemente el dorso de la mano por la boca. Sus ojos eran duros como diamantes cuando preguntó—: ¿Dónde puedo encontrar a Johnny Bingo?

Roberta, encendido el rostro de rubor, le volvió la espalda.

Permaneció unos momentos en tensión. Latz veía su dorso rígido, sus puños apretados.

La tensión se relajó al fin. Dándole todavía la espalda a Latz, Roberta se dirigió a la mesa, tomó su vaso y apuró de un trago, el resto de su contenido.

—Debería odiarle —dijo.

Latz rió.

—Ése es el punto flaco de las mujeres: amor, odio, han de mezclar siempre una pasión, un sentimiento, una porquería cualquiera con lo que tocan. Bien, nena, ¿dónde está Johnny Bingo?

—¡No lo sé! —exclamó ella, furiosa.

—De todo cuanto hemos hablado eso era lo único que me interesaba; ya ve si me ha sido de utilidad su presunta ayuda.

Roberta se volvió a mirarle. Tenía húmedos y brillantes los ojos. La respiración agitaba rítmicamente su pecho bajo aquella túnica que cubría sin ocultar.

—No sé dónde está Johnny Bingo. Pero sí sé dónde vive Cherry Cohen.

—A ver.

—En el cuarenta y dos de Republic Avenue.

—¿Es eso el resorte?

—¿Qué resorte?

—El que cierra la puerta de la ratonera. ¿Qué me espera en el

cuarenta y dos de Republic Avenue? ¿Un ejército de pistoleros?

—Yaya y véalo por sí mismo.

Latz suspiró.

—Iré. No me queda otro remedio, muñeca, y usted lo sabe, y lo sabe la persona que la ha enviado con el encargo de que me diese esas señas. Puesto que ha cumplido su misión, lo mejor es que se vista y se marche.

Hubo un largo silencio.

—Me está bien empleado —dijo luego Roberta, amargamente, con la cabeza baja—. Confié una vez en un hombre y me juré que nunca volvería a confiar en otro. Me está bien empleado por haber faltado a mi juramento. —Enderezó repentinamente la cabeza—. ¿No quiere usted encontrar a Bingo?

Latz la contemplaba pensativo.

—Ujú.

—Pues no se moleste en visitar a Cherry. Sígame a mí. Encontrará a Bingo cuando intente matarme.

—Acérquese —dijo él.

Ella frunció el entrecejo, pero obedeció. Perpleja. Estudiándole.

Latz la asió por la cintura, la atrajo hacia sí, la estrechó entre sus brazos. Notó primero la instintiva contracción defensiva del cuerpo de la muchacha. Después cesó la contracción. Después él se inclinó para besarla. Después fue todo asombrosamente distinto.

Y no breve.

Al sentirse finalmente libre, Roberta balbució sin aliento:

—Pero…, pero usted está loco…

Latz se dirigió a la puerta y la abrió.

—No estoy loco —dijo desde el umbral—. Quería simplemente comprobar una cosa. Puedes quedarte, nena.

—¡Señor Latz!

—He dicho que puedes quedarte. Ahora bien, cierra la puerta y atráncala, cierra la ventana; no abras absolutamente a nadie bajo ningún pretexto, ni siquiera si la persona que quiere entrar te dice que soy yo. Te llamaré por teléfono antes de venir. Nuestra contraseña será «Iowa». Tú preguntarás: «¿Dónde nació Smith?». Si te contestan: «En Iowa», es que soy yo realmente.

La muchacha escuchaba aturdida.

—¿Por qué todo eso?

—Porque has huido del fuego para caer en las brasas, paloma. Mucho antes de que pensara en matarte Johnny Bingo pensaba en matarme a mí. Dos veces ha estado a punto de lograrlo, y no parece tipo a quien asuste la idea de asaltar la habitación de un hotel.

—Pero señor Latz…

—Abe —corrigió él, saliendo ya al pasillo—. Repito que no me gusta pasar por más viejo de lo que soy. Llámame Abe.

Cerró la puerta y se marchó.

CAPÍTULO VIII

Bien.

Podía ser un paso decisivo. Podía ser el principio del fin.

¿El fin de qué?

De Johnny Bingo y de todo cuanto Johnny Bingo arrastraba, pero también su propio fin, el de Abraham Lincoln Latz. Las cosas se habían puesto de tal modo que ello dependía solamente del lado que cayese la moneda imaginaria del destino.

Latz sonrió al pensarlo.

Era así como le gustaban las cosas. Cara o cruz. Pero era así como no le gustaban al general Stanford y a los panzacontentas que torcían el gesto cuando sabían que era
O. S. S.
111 quien estaba operando.

¿Y bien?

El principio del fin podía encontrarse en el número 42 de Republic Avenue. Allí mismo.

El *strip-tease* se le había dado de chipén como negocio a Cherry Cohen. Se había retirado con buen pie, por lo menos: una casita de estilo californiano en la zona más fresca y tranquila de la ciudad y un «MG» blanco estacionado a la sombra de los sauces.

Latz contempló la casa a distancia. El principio del fin.

Luego fue y llamó a la puerta.

La llamada produjo dentro un sonido como el de un carrillón, un arpegio musical que invitaba a pensar en angelitos.

Un angelito grácil y asombrosamente bien formado apareció en el hueco de la puerta cuando ésta fue abierta.

—¿Qué desea?

—¿La señorita Cohen?

—Según para quién.

Latz rió familiarmente haciendo vibrar su voz de barítono.

—Comprendo. Busco a la señorita Cherry Cohen, que actuó hace algún tiempo en el «Jolly Club» de esta ciudad y a quien no conozco más que por los elogios que de ella me ha hecho el señor Forbes.

—¿El señor qué?

—Christopher T. Forbes, de Hollywood, California. Me ha enviado expresamente a Las Vegas para que me entreviste con la señorita Cohen.

—Yo soy —admitió la muchacha con recelo.

—Lo suponía. Y permítame felicitarla.

—¿Por qué?

Latz volvió a reír. Una risa cálida y grave.

—No es frecuente que un productor de la experiencia de Chris Forbes se fije en una artista y continúe recordándola habiéndola visto actuar una sola noche. No es frecuente; se lo digo yo que llevo trabajando con Forbes cinco años.

—¿Cómo ha dicho?

—Cinco años.

—No me refiero a eso. ¿Productor? ¿En Hollywood?

—¿No ha oído usted hablar de Christopher Forbes? ¡Por Dios, no se lo diga a él o le dará un ataque de apoplejía!

La muchacha se apartó de la puerta.

—Pase. No se quede ahí al sol.

Latz la siguió a un fresco y luminoso cuarto de estar cuyos ventanales se abrían ante las flores multicolores del jardín. En una larga mesa había botellas, un recipiente con hielo, vasos, un gran cenicero de vidrio y un estuche de cigarrillos. Sobre un diván, un libro abierto. Sonaba música. La instalación de Hi-Fi hacía que la música semejara formar parte del aire.

Latz se adelantó, abrió tranquilamente el estuche de cigarrillos, tomó uno y lo encendió.

Buscó con la mirada un sitio dónde sentarse. Lo hizo.

Luego volvió la cabeza para ver bien a la muchacha.

Pensó que era una lástima no haberla visto antes. Antes, en la pista del «Jolly Club» y a la hora del *show*. Haciendo su número.

No era el tipo de belleza-camión. Todo en ella estaba dosificado,

pero ¡qué maravilla! Bonita y menuda, vibrante como el acero mejor templado, de tez dorada y labios rojos, vestida con una blusa verde y unos ajustados pantalones blancos, calzada con chinelas de alto y fino tacón.

¡Qué maravilla!

Latz maldijo mentalmente a Johnny Bingo.

—Para que una muñeca como usted le abra a uno la puerta de su casa hay un sistema que no falla nunca —dijo, arrojando dos chorros de humo por la nariz. Era ahora un hombre completamente distinto que el que había llamado a la puerta, y notó con satisfacción que el recelo de la joven reaparecía al observar su cambio de actitud—. El sistema consiste en mencionar Hollywood. Ahora, encanto, siéntese donde le acomode, preste atención y ahuyente de su cabeza las ilusiones.

—¿Quién es usted?

—Uno a quien llaman Abe Latz.

—Pero el señor Forbes…

—¿Ha dicho usted que le conocía?

—Creo recordarle.

—Sueña. A Christopher T. Forbes le he inventado yo hace unos minutos.

Cherry Cohen se mordió los tentadores labios. Una sombra de temor atenuó el chisporroteo sensual de su mirada.

—¿Puedo saber qué es lo que quiere?

—En seguida, nena. Pero antes siéntese y tranquilícese.

Ella permanecía frente a Latz, desconcertada y asustada, examinándole sin saber qué hacer.

Él pensó que no hubiera sido mala idea dejarla que continuara así, erguida, maliciosamente moldeada por su ligera blusa verde y sus blancos pantalones. En otras circunstancias, sin embargo.

—Creo que… que llamaré a la policía —anunció la muchacha.

—Dese prisa —asintió Latz calmosamente—. Si se hubiera olido la tostada, como yo, la policía llevaría mucho tiempo aquí.

Ella titubeó. Súbitamente su miedo y su impaciencia se resolvieron en un acceso de cólera nerviosa:

—¿De qué está usted hablando? —exclamó alzando la voz—. ¡Entrar en mi casa de este modo! ¡Instalarse ahí como si fuera el amo! ¿Qué significa esto? ¿Viene usted de un manicomio, o qué?

¡Diga!

Latz fumaba.

—He venido por cuestión de Johnny Bingo.

Cherry entornó los párpados.

—¿Sí?

—Sí, nena; del mismísimo querido Johnny.

Ella dio media vuelta, se colocó un momento de espaldas a Latz como si no quisiera que éste le viese el rostro.

Debió de tomar una resolución mientras estaba de espaldas, porque luego se dirigió al diván, se reclinó en él y extendió el brazo hacia la mesa, que ahora quedaba a su alcance.

La mención de Johnny Bingo había convertido su cólera en una cautelosa expectativa.

—¿Le apetece beber algo?

—Lo que tenga.

Ella había estado bebiendo en uno de los vasos. Metió hielo en otro, escanció *whisky* y soda. Le ofreció a Latz sin mirarle a la cara.

No habló hasta que él hubo probado la bebida.

—No conozco a nadie que se llame ese nombre que dice usted —anunció a continuación.

Latz se echó a reír burlonamente.

—¡Hala, nena!

—¿Qué?

—No sea fresca. El bueno de Johnny la arrancó del «Jolly Club» y la ha instalado en este nidito. No me diga que no hay agua en el mar.

—Digo lo que digo.

—Entonces, ¿por qué al nombrar yo a Johnny Bingo se ha vuelto tan amable?

Cherry sonreía. Una sonrisa deliberada.

—Soy amable por naturaleza.

—Lo creo.

—Y estaba aburriéndome. Y al comprender que su visita se debe a un error y que no viene con malas intenciones se me ha pasado el susto que me ha dado entrando con esos modales.

Latz correspondió a su sonrisa.

—Ha comprendido mal.

—¿Pues?

—Mi visita no se debe a un error y sí vengo con majas intenciones.

La muchacha se estiró sobre el diván para alcanzar los mandos del aparato de
Hi-Fi.

Siempre que efectuaba un movimiento sentía Latz el deseo de pedirle que lo repitiese. Ella pareció adivinarlo. Permaneció en la misma posición, manipulando distraídamente los mandos y mirándole con un amago de desafío.

—¿Le gusta esta música?

—Me empalaga.

—Dígame lo que prefiere. Tengo un armario lleno de microsurcos.

Latz apuró el contenido de su vaso y depositó este sobre la mesa.

—Empiezo a perder la paciencia, encanto.

—No lo entiendo. Procuro que lo pase lo mejor posible, y ya que tengo que aguantarle aprovecho la ocasión para pasarlo lo mejor posible yo. ¿Por qué tanta prisa? ¡Oh! ¿Y cómo ha dicho usted que se llamaba?

—Abe Latz. Piense un poco en mi nombre, puesto que lo trae a colación.

Cherry frunció burlonamente el entrecejo.

—Un nombre como tantos otros.

—¿No leyó en los periódicos lo de la muchacha de «El Paso»?

—¿Qué muchacha?

—Fue una situación parecida a la presente —dijo Latz en tono evocador—. La muchacha se llamaba Eloise Williams y era, por desgracia, muy bonita. Más tonta que bonita. Más obstinada que tonta. No pude convencerla por las buenas de que le convenía hablar claro conmigo… Lamentable. Habló, por supuesto: todas terminan hablando; pero a las malas. Una hora después de haberme separado de ella la llevaron al hospital. Tuvieron que practicarle tres intervenciones de cirugía estética, y aun así quedó hecha un monstruo. Ahora no hay hombre que se atreva a mirarla a la cara. Eloise Williams. —Latz sacudió la cabeza con pesadumbre—. No olvidaré el nombre fácilmente.

Cherry le miraba con la boca abierta.

—¿Qué pretende contándome eso?

—Nada, en realidad. Necesito encontrar a Johnny Bingo; necesito que usted me diga dónde. Pero ya sé, desdichadamente, que no lo lograré sin recurrir a la violencia.

La joven emitió una risa forzada.

—¡Parece cosa de teatro!

—¿Quiere que le demuestre que no lo es?

Ella vaciló entre el miedo y el impulso de desafiarle.

Ganó el impulso.

—¡A que no se atreve! —exclamó.

Latz se puso en pie resueltamente, fue hacia la muchacha, la obligó a levantarse agarrándola por los cabellos y le cruzó el rostro de dos bofetadas. Cherry lanzó un chillido de sorpresa, de rabia y de dolor. Luego se revolvió contra el hombre hecha una furia.

Uno de sus dedos ostentaba un anillo, un abultado zafiro montado en oro. Con él arañó a Latz la comisura de los labios, mientras con la otra mano se aferraba al cuello de su camisa y a su corbata, tiraba como para arrancárselos, desgarraba la tela. Había perdido por completo el dominio de sí misma. Caídos los cabellos sobre los ojos pronunciaba con voz entrecortada una retahíla de soeces insultos.

Latz, sonriendo vagamente, le permitió que hiciera trizas su camisa.

Permitió también que la mano que le había arañado volviera a levantarse y descendiera en un vicioso y sañudo revés. El afilado canto del anillo le produjo un nuevo corte en la mandíbula.

Cherry jadeaba. La respiración fluía entre sus labios como un silbido. Su letanía de insultos había cesado.

Lanzó entonces las dos manos al ataque, las largas, rojas y cuidadas uñas en amenazadora avanzadilla. Su objetivo eran los ojos de Latz.

Él levantó un poco la cabeza y las uñas se hincaron en su piel por debajo de los pómulos. Brotó sangre.

Tras esto abandonó de repente su actitud pasiva. Aferró las muñecas de la muchacha. La zarandeó con una salvaje sacudida.

Preguntó a media voz:

—¿Has tenido bastante gimnasia?

Ella comenzó a retorcerse, a pugnar por soltarse, a maldecirle entre sollozos. Tomó impulso para darle un puntapié en la espinilla,

pero olvidó que sus chinelas tenían la puntera destapada y se hizo cisco los dedos contra la dura pierna de Latz.

Entonces quiso girar para golpearle con el tacón. Latz le echó la zancadilla. Cuando la muchacha perdió el equilibrio continuó él sosteniendo firmemente sus muñecas a la altura de los hombros, de modo que ella quede como colgada de sus propios brazos, hecha un guiñapo, despeinada y llorosa.

—Un poco de ejercicio físico expulsa del cuerpo los malos humores —dijo el hombre con placidez—. Mi padre empleaba la misma técnica para domar potros salvajes. Es por tu bien, nena; soportar lo que viene ahora te resultará así mucho más fácil.

La arrojó al diván. Quedó tendida como si su cuerpo no tuviera articulaciones.

—¡Bestia! —gimió sin aliento—. ¡Pedazo de bestia!

—¿Me dirás ahora dónde está Johnny Bingo?

—¡No le diré nada! ¡A un canalla asqueroso y cobarde como usted no le diré nada aunque me mate!

—Descuida, no llegaremos a tanto —replicó Latz.

Se metió la mano en el bolsillo e hizo una mueca de sorpresa.

Sacó el cuchillo del difunto Theo Prather, que era lo que había pretendido sacar, pero también una arrugada bola de papel.

Parte de este papel era un sobre verde.

Se encogió de hombros. ¡El mensaje y el cuestionario del general Stanford, que ni siquiera había leído! No recordaba habérselos guardado, no recordaba nada.

¡Al diablo!

Cherry le miraba estupefacta.

Él devolvió los papeles al bolsillo, abrió el cuchillo, se dirigió a las cortinas pendientes a ambos lados de los ventanales que se abrían al jardín y cortó una larga tira de tela.

La muchacha inquirió:

—¿Qué va a hacer?

Latz no contestó.

Acudió junto a ella, se inclinó y con gesto hábil le arrolló la tela a la cabeza cubriéndole la boca. Hizo un nudo y apretó. Cherry, agotada, no ofreció resistencia al principio, y cuando quiso gritar no emitió sino un rugido apagado.

Estaba amordazada.

Latz cortó el sobrante de la tira de tela y le ató las muñecas y los tobillos. Sonrió al ver reflejada en sus ojos muy abiertos una agonía de terror.

—Ocurrió igual en El Paso. —Dijo—. Con Eloise Williams empezamos así. El final fue horrible.

Dejó a la muchacha inmovilizada en el diván y marchó en busca del cuarto de baño.

Al regresar traía consigo una botella de alcohol y una pequeña bacina metálica.

Ante la mirada asustada y curiosa de Cherry vertió el alcohol de la botella en la bacina y lo encendió. Efectuaba la operación en el suelo, en cuclillas, muy cerca del diván. El calor de las llamas azules y el tufo del alcohol le llegaban a la muchacha al rostro.

Sobre las llamas colocó Latz la hoja del cuchillo.

Cherry, al verlo, se agitó desesperadamente.

—A esa chica de El Paso, Eloise Williams —dijo él—, le quedó la cara como un zurcido del hecho. Las cicatrices no. Se le borrarán jamás, y es una pena, porque ella, como tú, vivía de su físico. Doler parece que no duele mucho. He oído contar a Eloise que, más que el dolor en sí, lo insoportable es el hedor de la propia carne quemada…

Cherry se dejó caer hacia atrás. De su boca amordazada brotaba un sonido inarticulado semejante al lejano aullido de un animal.

Latz se enderezó y aproximó la ardiente hoja del cuchillo a su mejilla.

—Lo pregunto por última vez, nena. ¿Me dirás lo que quiero saber?

Ella movió afirmativamente la cabeza.

—¿No gritarás?

El movimiento afirmativo se trocó en negativo. El apagado aullido cesó.

A Cherry se le salían los ojos de las órbitas.

—Está bien —dijo Latz.

Conservó el cuchillo en la mano derecha. Con los dedos de la izquierda aflojó el nudo de la mordaza y le apartó esta de la boca.

La muchacha no gritó. Aspiró aire profundamente. Luego se relajó su cuerpo y estalló en sollozos.

Latz encendió un cigarrillo en las llamas del alcohol. Miró hacia

la mesa. Tomó la botella de *whisky*, echó un chorro en un vaso y se lo introdujo a Cherry entre los dientes, obligándola a beber.

Ella se atragantó y tosió.

—¿Qué me cuentas ahora de Johnny Bingo, muñeca?

—Es… es usted…

—Conozco todos los adjetivos. Es de Johnny Bingo de quien hablamos.

—¿Qué quiere saber?

—Todo lo que tú sepas.

—Yo sólo sé que me sacó del «Jolly Club» y ha sido generoso conmigo.

—Y tú con él. ¿Dónde consigue el dinero?

—Nunca se lo he preguntado.

—Pero supones que de alguna marranada, ¿no es así? No habrás pensado que una basura como Bingo puede vivir honradamente.

La muchacha sostenía la mirada de Latz.

—No me importa.

—¿Mientras pague tus caprichos?

—Ya que usted lo dice, sí; mientras pague. Y si no le gusta aguántese.

Latz rió sin asomo de alegría.

—Estás podrida, nena, podrida hasta el tuétano de los huesos. Y tiene que ser Johnny Bingo quien ha hecho de ti lo que eres. Ésta es una de las cosas que le tocará pagar.

Cherry cerró un instante los ojos.

—No es usted un policía, ¿verdad?

—No.

—¿Qué pretende de él?

—Hablarle si me da ocasión. Luego ya veremos.

—No comprendo.

—No necesitas comprender nada. ¿Dónde está Johnny?

—¿Le matará si le encuentra?

—Desde anoche —dijo fríamente Latz—. Johnny Bingo ha matado por sí mismo o a través de otros a cinco personas. Cinco, muñeca, sólo desde anoche y por dos veces ha fracasado en su intento de matarme a mí. En efecto, es muy probable que le mate si me lo echo en cara…

—¿Y se atreve a pedirme que le delate?

—Sí.

Cherry estaba pálida.

—Muy bien. De todos modos esto había de terminar… Encontrará a Johnny con Eddie Gruenberg.

El nombre hizo a Latz enarcar las cejas.

—¿Quién es?

—Usted me ha preguntado dónde consigue el dinero y le he dicho que no lo sé. Pero lo sospecho. Es Eddie Gruenberg quien se lo paga.

—¿Dónde están los dos?

—En casa de Eddie.

—¡Dónde!

—En un rancho, un rancho de lujo… No muy lejos de la ciudad, saliendo hacia Carson City. «Rancho San Mateo».

—¿Qué hace Johnny allí?

En los ojos de Cherry brillaba ahora una tenue luz de astucia.

—Quizá ocultarse de usted.

—¿Por qué dices eso?

—Porque está asustado. Loco, desesperado de miedo, sin control. Desde ayer. Sabe disimularlo, ¡oh, no se echa a temblar delante de la gente! Pero yo me di cuenta. Y ahora comprendo que es usted a quien teme; es decir, a uno que le apretaba las clavijas a Levy Krasney… Por eso empezó todo. ¿Era o no era usted quien le apretaba las clavijas a Krasney?

—Sí. ¿Qué sabes de él?

—Sólo eso. Oí que Johnny se lo decía por teléfono a Gruenberg. Habló desde aquí. Vino con una cara como si le hubiera caído el mundo encima.

—Pero había mencionado a Krasney otras veces.

—Algunas.

El alcohol se había apagado.

Latz suspiró, cerró el cuchillo y lo arrojó sobre la mesa.

Miró en torno. Buscaba la guía telefónica, que descubrió en un departamento bajo el anaquel que sostenía el teléfono.

La tomó y la abrió.

Eddie Gruenberg por lo menos existía, habitaba realmente en un lugar llamado «Rancho San Mateo».

—¿No va a desatarme? —preguntó Cherry.

Él se aproximó al diván. Pero no desató a la muchacha, sino que, bruscamente, volvió a colocarle la mordaza en la boca y a apretar el nudo.

Los ojos de ella expresaron pasmo.

—Lamento ocasionarte esta incomodidad —dijo él. Palpó la pistola en la funda axilar y enderezó la espalda—. No quiero arriesgarme a que prevengas a Bingo, paloma… Puede que lo hagas si se te pasa el miedo, y se te pasará cuando comprendas que Eloise Williams, la muchacha de El Paso, es hermana gemela de Christopher T. Forbes. Piensa en ello mientras esperas a que alguien venga y te desate; quizá la idea te divierta tanto como a mí.

Dio media vuelta y se marchó.

CAPÍTULO IX

Era un rancho auténtico.

Un antiguo rancho hispanomexicano restaurado y modernizado, acondicionado para vivir en él como en una finca de recreo. Con la antena de televisión dominando los edificios para que a nadie le cupiera duda.

Un oasis en el desierto.

—¿No llegamos hasta allí? —preguntó el taxista.

Latz le había ordenado detenerse en la carretera junto a la entrada del camino privado.

—No.

—¿Espero?

¿Esperar para qué?

O el viaje no tendría regreso, o si lo tenía no habría prisa y cualquier vehículo serviría para efectuarlo.

—No, no espere. Vuélvase.

Latz se apeó y pagó.

El camino se iniciaba bajo un gran rótulo de madera que ostentaba el nombre del rancho. En uno de los postes que lo sostenían estaba el buzón, y en el buzón otro nombre: el de Edward Z. Gruenberg.

El taxi dio la vuelta y se alejó en dirección a la ciudad.

Así era como a

O. S. S.

111 le gustaban las cosas: cara o cruz.

Anduvo abiertamente hacia los edificios por el cuidado camino de grava. No se veía a nadie. Una cerca de alambre espinoso limitaba la propiedad. Ésta había surgido y prosperado, era de suponer, gracias al agua. Entre los árboles se adivinaba un

manantial; un milagroso manantial brotando en pleno yermo, que a los colonos de antaño debió de parecerles un regalo de Dios.

Había prados. A lo lejos pastaba una manada de caballos en libertad.

También había un estanque acondicionado como piscina, con emparrados y pérgolas alrededor.

Tres coches se encontraban estacionados bajo un umbráculo frente al edificio principal.

Latz llegó a éste sin haber visto todavía a nadie, pero seguro de que varios ojos le habían visto a él. No se oía otro rumor que el cacareo de unas gallinas, El sol reverberaba en las paredes de adobe encalado, de un blanco cegador.

¿Y bien?

Parado ante la puerta, Latz se pasó la lengua por los labios.

¿Por qué no ocurría nada?

Avanzó un paso más.

Levantó el antiguo aldabón y llamó.

El hombre que abrió no llevaba camisa, no iba vestido más que con unos descoloridos *blue-jeans*. Tenía vello rojizo en el torso húmedo de sudor, y una cara de pesada mandíbula y ojos pequeños, claros y duros.

Aquellos ojos examinaron a Latz de pies a cabeza.

—Hoy es el día libre de nuestros numerosos criados. —La voz del hombre sonaba aguda y burlona—. Adelante, forastero, y discúlpeme si le recibo así.

Latz cruzó el umbral.

El vestíbulo estaba amueblado con mesas y arcones de madera obscura, sillas de alto respaldo, candiles de bronce. En las blancas paredes se veían panoplias de antiguas armas.

Aire refrigerado.

—¿Es usted Eddie Gruenberg? —preguntó Latz.

El hombre empujó una puerta claveteada.

—¿Quién supone? Venga por aquí.

Latz se detuvo en el centro del vestíbulo.

—¿No le interesa saber quién soy yo y qué es lo que quiero?

—No me ando con ceremonias. Venga. Está aquí y en paz. Pero no mueva esa mano. —El hombre sonrió. Latz detuvo la mano con que se disponía a sacar la pistola—. Luego si le achicharran me

echará a mí la culpa. Entre.

Latz avanzó y entró.

Vio enseguida que en la habitación, un comedor semejante al refectorio de un antiguo convento, había cuatro hombres.

Cinco, pero uno estaba muerto.

Dos se hallaban detrás de la puerta; habían sin duda permanecido allí desde el comienzo, vigilándole, aunque no tenían armas en la mano.

Los dos restantes se encontraban sentados ante la larga mesa negra. Fue uno de éstos quien exclamó ahogadamente:

—¡Cristo!

Latz reconoció a Johnny Bingo. El otro hombre, un muchacho de aspecto salvático, era el superviviente del raid contra el apartamento de Theo Prather.

—¿Quién es? —preguntó el del torso desnudo.

—¡Latz! —dijo Bingo, levantándose con nerviosa precipitación —. ¡Es Latz, idiota!

El del torso desnudo rió.

—¡Vaya suerte!

Latz no se ocupaba de ninguno de ellos.

Miraba al muerto. Al quinto hombre.

Yacía boca arriba junto a la pared. Un cadáver ventrudo, alguien que vistió elegantes ropas campestres. No se le veía la cara porque le habían tapado la cabeza con una camisa, sin duda la del pelirrojo de torso desnudo.

Pero el estado de su cara y de su cabeza podía deducirse. No había caído en el lugar donde yacía: fue arrastrado hasta allí para que no estorbase en medio del comedor; y el trecho recorrido de este modo estaba señalado por un reguero de sangre, fragmentos de cuero cabelludo y salpicaduras de materia cerebral.

Hubo un silencio que rompió Bingo:

—¿Os habéis vuelto locos? ¡Will, ocúpate de él!

Will era uno de los dos que habían vigilado la puerta.

Latz le vio por el rabillo del ojo empuñar una cachiporra y lanzarse al ataque. Pensó que había llegado el momento crítico. Pensó en Johnny Bingo y en su mortífera habilidad con la pistola. Pensó en que estaba solo contra cinco luchadores experimentados.

Bingo era probablemente el peligro mayor.

Se agachó. El golpe de la cachiporra falló su cráneo y le alcanzó en un hombro.

Alguien le gritó a Will:

—¡Maldito estúpido!

Latz se precipitó hacia adelante con todo el ímpetu de sus músculos bien entrenados. Cuando estuvo en la pared opuesta se arrojó al suelo arrimado al cadáver del desconocido. Para entonces ya tenía la pistola en la mano.

También la tenía el compañero de Will, el otro hombre de la puerta.

Latz disparó antes que él y le vio retorcerse.

Una nueva pistola ladró casi simultáneamente en la parte derecha del comedor. La bala zumbó con amenazadora avidez, se clavó en la pared y salpicó de cascarilla la nuca de Latz. Había sido un estampido obscuro, ahogado.

El tirador era Bingo. Bingo con su pistola provista de silenciador.

Latz se abrazó al ventrudo cadáver y se escudó como pudo tras él. La segunda bala de Bingo entró en el cuerpo muerto con un chasquido semejante al que hubiera producido una punzada en una vejiga repleta de manteca.

Pero el escudo tenía sólo una utilidad momentánea. El pelirrojo, Will y el muchacho que acompañara a Bingo a casa de Prather se distribuían rápidamente por el comedor, cada uno armado de una pistola, con objeto de tomar a Latz de blanco.

Éste ensayó el tiro contra Bingo; sin mucha fe, debido a lo difícil de su posición. Y casi gritó de alegría al ver que el hombre daba un extraño saltito y caía de rodillas al suelo.

Los demás abrieron fuego al unísono. Las balas martillearon la pared. Latz hubiera jurado que sentía su ardiente roce.

Soltó el cadáver que le servía de parapeto y se lanzó en plancha, con un impulso fantástico, paralelo al suelo, hacia la larga mesa y las sillas, que eran lo único a su alcance capaz de ofrecerle protección. Dos de las sillas fueron derribadas por su choque. La mesa, que se vino abajo con estrépito, la derribó deliberadamente él.

No era una coraza impenetrable a las balas, pero le ocultaba y le daba un breve respiro que necesitaba para hacerse cargo de la situación.

El compañero de Will, el primero contra quien había él disparado, yacía de costado junto a la puerta, muerto a juzgar por su aspecto de muñeco roto. Johnny Bingo estaba de rodillas, doblado hacia adelante, con la frente en el suelo, como un musulmán en oración. Largos escalofríos recorrían su cuerpo. Probablemente se hallaba herido de gravedad, fuera de combate, en el umbral de la muerte.

Latz pensó en Cherry Cohen y frunció los labios.

Estaba preguntándose por qué habría pensado en ella y no en Dody Trimble, en Krasney, en Charlie Rogers, en Theo Prather y en el muchacho de la camisa amarilla; estaba preguntándose por qué no habría pensado en todos los que aguardaban a Bingo en el infierno cuando el aire refrigerado del comedor volvió a ser sacudido por una zarabanda de disparos.

Latz contó: una, dos, tres, cuatro. Había disparado con su pistola cuatro veces, dos en casa de Prather y dos allí. No la había recargado en el intervalo. Le quedaban dos balas. Dos balas y tres enemigos.

Sonrió.

Era así como a
O. S. S.
111 le gustaban las cosas.

Asomó por el extremo de la mesa volcada.

¡Bien!

Allí, delante de él, agazapado, se encontraba el muchacho compañero de Bingo. Habíase movido a gachas para acercarse a su jefe, y mientras vigilaba la mesa zarandeaba al herido por un hombro tratando evidentemente de percatarse de si estaba grave o no.

Vio a Latz en el momento en que éste le veía a él.

Latz disparó. Lo hizo sabiendo que no podía desperdiciar una bala.

No la desperdició.

El muchacho gritó, extendió convulsivamente los miembros y quedó espatarrado junto a Bingo, con la cabeza debajo del abdomen de éste.

Bingo no semejó enterarse de nada.

Will y el pelirrojo concentraron sus tiros en aquel extremo de la

mesa.

Latz, aplastándose contra el suelo, esperó a que la tempestad amainase. Luego entró de nuevo en acción.

Oportunamente, porque Will, engañado por el hecho de que los disparos no hubieran obtenido respuesta, avanzaba hacia la mesa con la esperanza de hallarle muerto.

Will dio un respingo al descubrirle y descubrir el redondo ojo de la pistola que le apuntaba. Alguien, antes, le había llamado estúpido. Lo era.

Latz apretó el gatillo.

Su enemigo recibió el balazo en la cara. Se echó atrás, trastabilló, efectuó una contorsión grotesca y chocó de cabeza contra la pared. Empezó a hundirse lentamente, apoyado de espaldas en ésta, resbalando hacia abajo, hasta que perdió del todo el equilibrio y se derrumbó de bruces.

Uno. Sólo quedaba uno.

¿Dónde estaba?

Latz alcanzó a vislumbrar unos *blue-jeans* que se escabullían por la puerta que comunicaba con el vestíbulo.

El que quedaba era el pelirrojo, y había escapado.

Echó a correr tras él, pero en la puerta se detuvo. Abandonó su pistola y recogió las del muchacho y del primer hombre muerto en la refriega.

Cuando llegó al vestíbulo estaba abierta la puerta exterior.

El pelirrojo había intentado ganar el umbráculo con intención de emprender la fuga en uno de los coches. Desde la puerta exterior le vio Latz disponerse a entrar en uno de ellos, propósito al que renunció al descubrirle en el umbral con una pistola en cada mano.

Lanzando un grito inarticulado el fugitivo se ocultó detrás de los vehículos y se precipitó hacia las dependencias que tenía a su izquierda.

Latz le siguió, sin prisa ahora. El hombre había preferido correr que hacerle frente, huir que disparar. Sus cuatro compañeros habían caído en el comedor del rancho. Le sobraban motivos para obrar así.

Otros hombres, muchos, habían huido ante O. S. S. 111 con la mitad de motivos que aquél.

No estaba a la vista.

Pero algo ocurría. Algo revelador.

Latz soltó una seca carcajada.

En uno de los blancos edificios que tenía delante al doblar el recodo por donde el pelirrojo había desaparecido sonaban agudos y alarmados cacareos. Numerosas gallinas salían por la puerta batiendo las alas.

Dentro del edificio se oyó un juramento ahogado.

Latz gritó:

—¡Mal sitio para ocultarse, amigo!

Le respondió una voz estrangulada por el pánico:

—¡No me siga! ¡Sólo me queda una bala, pero la encontrará en su camino si viene! ¡Se lo juro! ¡Lárguese!

Las aves continuaban cacareando y saliendo.

—Lo siento —dijo tranquilamente Latz. Avanzó hacia la puerta —. Nunca he matado a nadie en un gallinero. Iría a por usted aunque sólo fuese por saber qué sensación produce.

—¡No! —chilló el hombre.

—¡Gástese esa maldita bala y calle!

Latz se situó junto a la puerta con ambas pistolas a punto. Se apoyó un instante en la pared y cerró los ojos cubriéndoselos con el antebrazo. Quería evitar el riesgo de entrar deslumbrado por la intensa claridad exterior, multiplicada en los blancos muros, y perder en acostumbrarse a la penumbra un tiempo que podía serle fatal.

Aguardó.

El pelirrojo no chistaba.

¡Ahora!

Latz cruzó el umbral de un salto y haciendo ya fuego con sus dos pistolas. Otro salto le apartó del iluminado hueco de la puerta.

Percibió un movimiento confuso a cierta altura, una sombra instantánea, y con la rapidez del rayo disparó hacia allí.

Oyó un ronquido.

El pelirrojo, que había trepado hasta el techo por los postes donde dormían las gallinas, se enderezó penosamente. Soltó la pistola. Cayó. Se deslizó cabeza abajo de poste en poste hasta aterrizar de cara sobre la alfombra de excrementos.

Gemía.

El aire estaba lleno de plumas que descendían planeando. No quedaba una sola gallina en el lugar.

—Ya ve para lo que ha servido su bala —dijo Latz—. Absolutamente para nada, hermano.

Arrojó al suelo una de las pistolas y se guardó la otra en el bolsillo. Luego se inclinó, asió al pelirrojo por un pie y le sacó del gallinero a rastras.

De este modo le condujo al interior de la casa y finalmente al comedor. El hombre estaba sucio de polvo, de sangre y de excrementos de gallina, pero vivo. Tenía una sola herida en lo alto del pecho desnudo, muy cerca de la articulación del hombro. Había perdido el conocimiento.

Latz le dejó apoyado en la pared y miró en torno.

Hizo una mueca. Un depósito de cadáveres. Cinco hombres muertos y a cuatro los había matado él. Pese a las truculentas fantasías que le agradaba contar no era una sensación halagadora.

Se aproximó a Johnny Bingo, que continuaba doblado como un musulmán en oración, pero ahora inmóvil. Le empujó con el pie y le derribó sobre el cadáver del muchacho que yacía a su lado.

En su boca se había congelado una sonrisa. Estaba tan muerto como los otros. Un hombrecillo muerto.

Cherry Cohen habría de tender de nuevo sus redes.

El pelirrojo gimió y se estremeció.

Latz sacó la pistola del bolsillo y fue a ponerse en cuclillas ante él. Cuando abrió los ojos le dijo:

—No me gusta hacer sufrir a un hombre herido. Preferiría dejarle a usted en paz, pero necesito saber algunas cosas. Decida si me las cuenta por las buenas o por las malas.

El pelirrojo le miraba fijamente. Sus pequeños y claros ojos recobraron por un momento la antigua dureza. Intentó escupirle, pero le fallaron las fuerzas y sólo se le escurrió un hilo de baba por el mentón.

Latz le raspó la cara con el cañón de la pistola.

—Antes ha dicho que era usted Eddie Gruenberg. Bingo le ha dicho que yo soy Abraham Latz. Ya sabe, por tanto, qué cosas me interesan.

El hombre articuló:

—Yo no he dicho… eso…

Latz le atornilló el cañón del arma en un pómulo. Luego le pegó con la culata en la garganta y en la nariz. Calculó exactamente los golpes.

El pelirrojo lanzó un débil grito de dolor.

—¡Yo no he dicho que fuera Eddie! —exclamó—. ¡No es culpa mía si usted lo ha entendido de ese modo!

¡Eddie está muerto!

—¿Dónde?

—¡Allí! ¡Y no me haga hablar! ¡Estoy en la agonía!

—Un cuerno en la agonía —replicó Latz.

El pelirrojo había señalado el cadáver del hombre ventrudo.

Ya no había camisa cubriendo lo que quedaba de su rostro: había caído cuando Latz movió el cuerpo para utilizarlo como protección.

¿Era Eddie Gruenberg?

¿Por qué no?

—Bingo se lo ha cargado —explicó el pelirrojo quejumbrosamente—. Decía que Eddie le había dejado en la estacada. Tenía razón. Eddie no pensaba más que en sí mismo…

—¿Era él quien lo había organizado todo?

—Era él.

—¿Cómo se puso en contacto con vosotros?

—No se puso. Nosotros trabajábamos con Bingo en Nueva York antes de que viniera al Oeste. Aquí conoció a Eddie y nos llamó. Era un empleo cómodo.

—¿Por qué cómodo?

—Hasta ayer consistía en no hacer nada y cobrar. Pero ninguno de nosotros, ¡infierno!, sabía exactamente lo que Eddie tenía entre manos. Bingo dijo que estábamos en reserva por si había tomate, que no podíamos pedir cosa mejor.

—Pero él sí sabía la verdad.

—Hasta ayer no dijo una palabra.

—¿Qué pasó ayer?

—Bingo se enteró de que estaba usted tirándole de la lengua a Krasney. Entonces nos puso al corriente, explicó quién era Krasney y lo que había hecho, el peligro que corríamos todos. No quedaba otro remedio que una limpieza general.

—¿Incluyendo a Gruenberg?

—Bingo estaba furioso.

—¿Y qué?

—Eddie se marchaba hoy del país. Ha vendido ya esto, ha despedido a la gente que tenía trabajando en el rancho, lo ha liquidado todo. Se marchaba con un montón de pasta. Y Bingo se había asociado con él desde el principio creyendo, porque Eddie se lo había asegurado, que Levy Krasney estaba por encima de toda sospecha. Cuando usted apareció…

—Entiendo.

El pelirrojo jadeaba.

—¿Es suficiente?

—Sí —dijo Latz.

Se levantó, encendió un cigarrillo y fue en busca de un teléfono.

Lo encontró.

Marcó un número.

—O-Ese-Ese Ciento once informa —anunció.

CAPÍTULO X

Había sido en el espacio el ataúd de Charlie Rogers.

Con las manos cruzadas a la espalda y el entrecejo fruncido contempló el general Stanford por la ventana del despacho la esbelta estructura alzada verticalmente en el campo de pruebas. Tenía que haber sido el primer vehículo de la historia capaz de conducir a un hombre al espacio exterior y devolverlo a la superficie terrestre sano y salvo. Y había sido sólo el ataúd de Charlie Rogers.

De un traidor.

¿Qué importa a fin de cuentas la vida de un traidor?

Había otra cosa que para Stanford importaba mucho más.

El secreto.

El proyecto que los técnicos designaron con las siglas

TX-90

había sido rodeado de secreto absoluto desde el momento en que se iniciaron los trabajos en él. Y seguía siendo secreto para todo el mundo, con una excepción.

Los servicios de espionaje rusos.

La única excepción que no hubiera debido producirse. A ningún precio.

Ello significaba el fracaso de un colosal sistema de seguridad que costaba millones de dólares y del cual él era en parte responsable de su propio fracaso.

—Es la una menos cuarto —dijo súbitamente el general Hatch.

Stanford suspiró y se volvió a él. Por un momento pensó si aquella alusión a la hora significaría que Hatch se proponía pedir el almuerzo.

Descruzó las manos y se acarició maquinalmente el prominente

abdomen. El almuerzo. Unas buenas chuletas. Una jarra de cerveza espumosa.

Su mujer solía decirle que estaba demasiado gordo y le convenía algún ejercicio. Tenis. Golf. Gimnasia. Vida activa.

Stanford sabía que engordaba detrás de dos mesas: la del comedor y la de su despacho. Ningún ejercicio podía compensar la acción conjunta de las dos.

Pero la mención de la hora no era una alusión al almuerzo.

—Ya no pueden tardar —dijo el capitán Flynn.

Stanford los miró a los dos, al capitán y a Hatch. Éste se hallaba sentado tras de su escritorio y se golpeaba impaciente con un cortapapeles la palma de la mano. Flynn, vestido de paisano, estaba en pie examinando con aire distraído los títulos de una hilera de volúmenes. Aparentaba calma, pero no la sentía: le delataba el modo como de vez en cuando se acariciaba los rubios cabellos.

Hatch volvió a hablar:

—Naturalmente, usted tendrá sus propios métodos y no me corresponde a mí juzgar si son buenos o malos. —Su mirada se fijaba en Stanford sin ninguna simpatía—. Ahora bien, sobre la efectividad de esos métodos dice mucho el hecho de que a uno de sus agentes se le asigne una misión en Estocolmo y aparezca como por arte de magia en un lugar tan distante y tan dispar como Las Vegas. Y conste que menciono este hecho nada más. No afirmo que sea el único.

Stanford titubeó. Estaba a punto de responder violentamente.

—El agente era O-Ese-Ese Ciento once —dijo al fin.

—¿Eso lo explica?

—El capitán Flynn le conoce. Él puede contestarle por mí.

Flynn enderezó la cabeza.

No le gustaba discutir con el general Hatch, y menos en aquel momento, cuando tenía los nervios a flor de piel como consecuencia de todo lo sucedido desde la madrugada pasada.

—Creo que el general se refiere —dijo, sin embargo— a que cuenta en su organización con hombres excepcionales para los cuales no reza la estricta disciplina de una red. O-Ese-Ese Ciento once es uno de tales hombres. Nunca ha emprendido una misión sin terminarla, y no importa si para ello debe encontrarse hoy en Estocolmo, mañana en Las Vegas y pasado en Hong Kong. Es difícil,

señor, comprender esto desde el limitado punto de vista militar, pero ciertamente a O-Ese-Ese Ciento once no se le pueden poner barreras sin anular por completo su eficacia. Recuerde que le aconsejé esperar a que él mismo rindiera cuentas.

Hatch se descargó en la mano con el cortapapeles un golpe más fuerte que los anteriores.

—¿Cree usted que puedo permanecer cruzado de brazos cuando me comunican que nuestro proyecto está nada menos que en poder de los rusos?

—Sí señor —respondió firmemente Flynn—. Lo creo. Dije y sostengo que ha sido un error presionar al general Stanford.

Este intervino:

—Déjelo, capitán. Reconozco que la cuestión Krasney no estaba clara. El cuestionario que esta mañana remití a O-Ese-Ese Ciento once se lo hubiera remitido también por propia iniciativa. No devolverte cumplimentado, como le ordené, ha sido una falta grave. Pero Mitchell, mi agente colector, tenía instrucciones precisas de traerle aquí apenas volviera a ponerse en contacto con él; y puesto que ha anunciado su llegada es de esperar que las dificultades se hayan resuelto.

Hatch consultó su reloj.

—La una menos cinco —anunció secamente.

Flynn y Stanford callaron.

La una.

La una y cuatro minutos.

El interfono zumbó sobre la mesa del general rompiendo el largo y tenso silencio.

—Oficial de guardia, señor —dijo una voz en el aparato—. El señor Mitchell y el señor Latz desean ver al general Hatch.

El cortapapeles del general se inmovilizó en el aire.

—Compruebe su identidad y envíemelos. Ordene al cabo de guardia que los guíe hasta mi despacho.

—A la orden, señor.

El sistema de refrigeración funcionaba perfectamente, a pesar de lo cual Stanford sacó un pañuelo para secarse el sudor que le bañaba la frente.

Hatch no pronunció una palabra más.

El capitán Flynn encendió un cigarrillo.

Sonó al fin una llamada a la puerta y ésta se abrió para dar paso a dos hombres. Uno era de mediana estatura, moreno, perfil aguileño y expresión absorta. Vestía un traje de dril azul y llevaba en la mano una pequeña maleta.

El otro hombre tenía la cara llena de arañazos y la pechera de la camisa desgarrada en varios puntos. Sus labios dibujaban una cansada sonrisa.

Stanford carraspeó. Señaló primero a uno y luego a otro.

—Less Mitchell y Abe Latz —dijo—. El general Hatch.

Latz saludó al general y luego, con un gesto, a Flynn, quien fumaba recostado en la pared y que le correspondió con una mueca.

Hatch dijo:

—Esta reunión debería haberse celebrado hace horas, pero a lo que parece, Latz, goza usted de privilegios especiales.

—En ocasiones —respondió con suavidad el agente.

—¿Dónde estaba? —inquirió Stanford dirigiéndose a Mitchell. Su actitud hacia Latz denotaba enojo—. ¿En el otro extremo del mundo?

—En un rancho próximo a la carretera de Carson City —dijo Mitchell con voz sin matices—. Me ha llamado desde allí por teléfono. He ido en su busca para traerle aquí.

—¿Tiene el cuestionario, Latz?

Latz miró al general con asombro.

—¿Cuestionario?

—Se lo remití esta mañana. Mitchell me informó de que le había comunicado que le esperaba en el hotel. Es más de la una de la tarde, Latz, y era urgente.

—¿Cuestionario? —replicó el agente. De pronto frunció el entrecejo. Introdujo la mano en el bolsillo de sus pantalones y extrajo una bola de papel de la que formaba parte un sobre verte—. ¿Se refiere a esto, señor?

Hubo un incómodo silencio.

—Es suficiente por lo que respecta a mí —dijo entre dientes el general Hatch—. Sus hombres pueden retirarse, Stanford. Usted quédese, capitán Flynn. Trataremos de remediar la situación en la medida de nuestras fuerzas.

Sonó la voz sin matices de Mitchell:

—Latz olvida mencionar que no ha tenido tiempo desde que la

recibió de cumplimentar por escrito ese cuestionario. En mi opinión, sin embargo, su informe oral lo supliría con ventaja.

—¿Qué informe oral? —preguntó Hatch desdeñosamente.

Stanford, que escrutaba los rostros de sus dos agentes, dijo:

—Mitchell, como colector, registra todas las llamadas telefónicas de nuestros hombres. Si no me equivoco, eso que trae es un dictáfono.

El aludido depositó su maleta sobre la mesa de Hatch y la abrió.

Era un dictáfono, en efecto.

Latz miraba por la ventana hacia el campo de pruebas y el audaz artefacto que había sido el ataúd de Charlie Rogers.

—Está bien —dijo el general Hatch, advirtiendo en la expresión de Stanford un cambio significativo—. Si no ha de representar una nueva pérdida de tiempo, adelante.

Mitchell conectó el dictáfono.

Del interior del aparto brotó la voz de Latz:

»—O-Ese-Ese Ciento once informa.

»—No es momento de informes.— Era ahora la voz de Mitchell. —El viejo echa chispas—. Stanford tosió. —¿Qué ha pasado con su cuestionario? ¿O no te das cuenta de que incluso el Presidente está a estas horas pendiente de esa dichosa historia de Levy Krasney?

»—Cuando vea al viejo le diré lo que puede hacer con su cuestionario.— El general Hatch fijó la mirada en la espalda de Latz, quien continuaba vuelto de cara a la ventana. —O-Ese-Ese Ciento once informa. Cuelga el teléfono si no te interesa.

»—Dios se apiade de ti. Y de todos nosotros. Sigue.

»Hace un mes comuniqué desde Estocolmo que acababa de localizar a un antiguo agente del Servicio Secreto polaco a quien se había dado por muerto; qué viajaba con pasaporte norteamericano y bajo el nombre de Levy Krasney, y que sus movimientos en Suecia me parecían sospechosos. Recibí autorización para ocuparme de él. Mi entras le vigilaba, Krasney se puso en contacto con Wladimir Sobolev, jefe de la red soviética en Escandinavia, y le vendió algo, al principio no supe qué, por lo cual cobró la friolera de un millón y medio de dólares. Más tarde me enteré de que lo vendido era una fotocopia del proyecto “Te Equis Noventa” y de varios documentos adicionales.

»Krasney emprendió enseguida el regreso a los Estados Unidos y

yo vine tras él. Aquí empecé a presionarle. Le hice ver que sabía lo que había hecho en Estocolmo, insinué las consecuencias que tendría y cómo podía evitarlas delatando a sus cómplices y revelándome la procedencia de aquellos documentos, la identidad de quien los había fotografiado, el funcionamiento de la organización, si la había…

»Le asusté, pero pronto descubrí que alguien le asustaba más que yo. Estaba resuelto a mantener la boca cerrada y dio a entender, no sólo que contaba con una ayuda poderosa, sino que la persona o personas por las cuales se había arriesgado realizando la operación de Estocolmo y en beneficio de las cuales había vuelto a los Estados Unidos con un millón y medio de dólares, cuando lo natural era que un tipo como él emprendiera el vuelo apenas cobrar; dio a entender, digo, que aquella persona o personas podían causarle tanto o más daño que yo. Krasney, bajo su aspecto enfermizo, era duro como una piedra, las había pasado moradas en otro tiempo y sabía resistir. Conocía el paño. Me estrellé contra su terquedad.

»Ello me planteó el problema de capturarle y acusarle de la venta de Estocolmo, lo cual permitiría a sus cómplices escapar impunemente, o dejarle en libertad y estudiar otros aspectos del asunto. Hice lo segundo. Investigué minuciosamente la vida y actividades del personal de esta Base. Fue una búsqueda laboriosa. Finalmente saqué a luz el hecho de que el piloto Charlie Rogers frecuentaba con asiduidad el trato de una manicura del “Park Palace Hotel” llamada Dorothy Trimble. Sus relaciones despertaron mis sospechas. Tanteé el terreno en torno a la Trimble, y mientras tanto procuré no descuidar a Krasney.

»Levy Krasney dio entonces un paso decisivo que para él constituyó un error. No tengo la plena certeza, pero creo que reveló a un hombre llamado Johnny Bingo, un pistolero neoyorquino que capitaneaba en la organización las fuerzas de choque, las presiones que yo ejercía sobre él. Lo hizo esperando que le protegieran y le librasen de mi, pero lo que ocurrió fue que Bingo, que no había sospechado hasta entonces que Krasney fuera tan vulnerable, perdió la calma y decidió cortar por lo sano y borrar cualquier rastro que pudiera acusarle. Yo fui localizado como el hombre que rondaba a Dorothy Trimble. Esto apuntaba contra Charlie Rogers, y el piloto fue aquel mismo día, ayer, sentenciado a muerte y ejecutado por

mano de la Trimble de la manera que tú ya sabes. Le seguí yo; es decir, la Trimble y yo. Sólo que yo escapé de la emboscada de Chisamita Ridge y ella dejó el pellejo.

»Únicamente Krasney podía haberme señalado a los asesinos, pues nadie más que él conocía mi identidad; así que corrí a su casa para ajustarle las cuentas, pero tuve que bajar a pie de la sierra, perdí muchísimo tiempo, y cuando llegué también Krasney la había palmado.

»La siguiente víctima de la purga fue Theodore Prather, un rufián que había ejecutado para la organización pequeños trabajos secundarios. Le encontré a tiempo y le tiré de la lengua. Sin embargo, cuando estaba a punto de cantar irrumpieron en su apartamento Bingo y dos de sus secuaces, le frieron a balazos, estuvieron a punto de cargárseme a mí. Uno de los tres hombres quedó muerto en el lugar, pero los muertos no hablan.

»Por fortuna tuvo tiempo Prather de proporcionarme una pista: Bingo, el nombre de su asesino. Conseguí averiguar que la Trimble realizaba extraños negocios con un tipo llamado así, y también que Bingo tenía una amiguita llamada Cherry Cohen. Visité a la Cohen. Cantó. Lo demás ha sido pan comido.

»—¿Lo demás? —preguntó la voz de Mitchell.

»—Sí. Cherry Cohen me dijo que Bingo se encontraba en casa de un tal Gruenberg, el cual habitaba en el “Rancho San Mateo”, camino de Carson City. Cuando llegué, Bingo y los suyos habían dado fin a la limpieza cargándose al propio Gruenberg. Tuve que liarme a tiros con ellos. Liquidé a cuatro. Al quinto le he herido y le he hecho hablar. Estoy viéndole desde aquí. No tiene un aire muy optimista.

»—¿Estás loco?

»—¿Por qué?

»—¡Meterte sólo entre cinco pistoleros!

»—Eran ellos quienes corrían peligro, no yo. A la vista está el resultado.

»—Loco —repitió Mitchell —completamente loco. ¿Quién era el dueño de ese rancho?

»—Eddie Gruenberg, el hombre que lo planeó todo; no puedo, por el momento, decirte más de él.

»—¿Cómo es posible que continuara en Las Vegas?

»—En primer lugar, porque un millón y medio de dólares no se sacan de Suecia de contrabando y se introducen en los Estados Unidos fácilmente. Se necesitan tiempo y una serie de combinaciones. Puedo asegurarte no traía el dinero consigo cuando regresó: hubiera sido arriesgarse demasiado. El dinero debió de llegar a este país bastante después que él.

»—Es decir, que la banda —la voz de Mitchell, cosa rara, reflejaba interés —esperaba cobrar.

»—Sí, a través de Eddie Gruenberg; eso en primer lugar. En segundo, Gruenberg estaba ocupado deshaciéndose de sus negocios y propiedades sin malvenderlos. En tercero, nadie sospechaba, excepto Krasney, y éste no habló hasta ayer, que yo iba minándoles el terreno.

»—Comprendido en líneas generales. Pero lo importante es que el viejo se entere de todo eso enseguida. ¿Estás en el rancho de Gruenberg?

»—Mira, tengo perspectivas inmediatas más amenas que contemplar el rostro de Stanford.

»—Se juicioso por una…

Mitchell desconectó el dictáfono.

—Eso es todo —anunció.

Cuatro pares de ojos estaban fijos en la espalda de Latz.

Hubo un silencio, que rompió el general Hatch:

—El agente Mitchell tenía razón al calificar de locura su proceder, Latz. Celebro que el asunto haya terminado bien, pero sospecho que ha sido pura suerte.

—¿No se le ocurre otro comentario, señor? —preguntó incisivamente el capitán Flynn.

Latz se apartó de la ventana y miró al general de hito en hito.

—¿Puedo usar su teléfono?

—Haga lo que guste.

El agente se aproximó a la mesa. Levantó uno de los aparatos alineados en batería sobre ella y marcó un número.

—Latz —dijo repentinamente Stanford.

El aludido agitó la mano en su dirección.

—Un momento, señor; permítame. —Obtuvo la comunicación y preguntó sin preámbulos—: ¿Dispuesta para cenar conmigo esta noche, nena?

La voz de Roberta replicó:

—¿Dónde nació Smith?

—En Iowa. El peligro ha pasado. Empieza a elegir tu mejor vestido…

Le interrumpió la risa de la muchacha.

—Lo he elegido ya, Abe.

—¡Latz! —repitió el general, con aspereza.

Latz depositó el teléfono en su horquilla, pero no se volvió a Stanford sino al capitán Flynn.

—En seguida soy con usted, señor —dijo para el primero. Y para el capitán—: Como ha oído usted en el dictáfono, parte de mis informaciones las he obtenido de una —muñeca llamada Cherry Cohen. Lleva varias horas atada y amordazada en la casa número cuarenta y dos de Republic Avenue, y no es una situación agradable. Le estimaría que enviase usted a alguien en su socorro.

Flynn asintió y se dirigió al teléfono.

—¡Latz, le conozco a usted bien! —exclamó el general Stanford —. ¡Le conozco demasiado bien para dejarme impresionar por sus modales! ¡Contésteme a una pregunta, la una sola pregunta! ¿Cómo diantre supo usted en Estocolmo que eran precisamente los documentos del Proyecto Te Equis Noventa lo que Krasney vendió a Sobolev?

Latz sonrió.

—Me descubro ante los burócratas como usted, general. Ésa es la cuestión clave.

—¿Y bien?

—Lo supe porque vi esos documentos.

—¿Dónde?

—En casa de Wladimir Sobolev.

—¿Cuándo?

—La noche que Sobolev desapareció del mundo de los vivos. Por si le interesa, está enterrado junto al mar, frente a un paisaje maravilloso. Yo mismo lo enterré; era lo menos que podía hacer por él después de haberlo acribillado a balazos.

—¿Y los documentos?

Latz echó calmosamente mano de su cartera, la abrió y extrajo una tarjeta y una llave protegidas por una común funda de plástico.

—Los guardé antes de regresar en una caja del Banco Nacional

sueco —explicó, con una amable sonrisa.

FIN



Jorge o Jordi Gubern i Ribalta fue un novelista y técnico editorial español (Barcelona,
1924-1996).
Usó seudónimos como Bruno Shalter, Esteban Díez, Mark Halloran, Noel Gubre, Pedro Lanuza y William
O'Connor.
Era primo de Roman Gubern.

Jorge Gubern Ribalta escribió novelas populares desde los años cuarenta, destacando su personaje Mike Palabras.

Ocupó luego posiciones en el equipo de redacción de editorial Bruguera, convirtiéndose en director de «Gran Pulgarcito» (1970), «Lily» (1970) y «Super DDT» (1973).

Notas

[1] Palabra alemana que significa «Guerra relámpago». (N. del A.). <<